

# EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

Proposición condenada por la Santa Sede.

«Romanus Pontifex potest ac debet cum progressu, cum liberalismo et cum recenti civilitate sese reconciliare et componere.»

DIARIO DE LA TARDE.

Proposición condenada por la Santa Sede.

«El Romano Pontifice puede y debe reconciliarse y avenirse con el progreso, con el liberalismo y con la civilización moderna.»

PRECIOS DE SUSCRICION.—En Madrid: 12 rs. al mes.—En Provincias: 20 rs. al mes y 60 por trimestres en casa de los comisionados, y 12 rs. al mes y 36 trimestre en la administración.—En el Extranjero: 30 rs. trimestre.—En Ultramar: 30 rs. trimestre.—La administración no responde de los sellos que se le remitan en carta sin certificar.

PUNTOS DE SUSCRICION.—Madrid: En la Administración, calle de Silva, número 49, entresuelo, y en las librerías de la Publicidad, Olamendi, Lopez, Bailly-Baillière, Cuesta y Lizcano.—Provincias: En los puntos que se anuncian el último día de cada mes.

## PARTE EXTRANJERA.

Por algo es Austria para la revolución cosmopolita blanco a donde después de Roma dirige sus odios y maquinaciones. Rezagado aquel Imperio en el movimiento civilizador que en alas de la francmasonería y demás sectas hijas del liberalismo va corrompiendo, embruteciendo y empobreciendo las sociedades, ha alcanzado la rara dicha de ver libre de redes francmasonías la mayor parte de su extenso territorio, pues es sabido que hasta el año de 1859 no existió en Hungría una logia, y aun entonces podría decirse que no existía, porque los francmasones que la formaban vivían en Plamonte. También es sabido que datan de pocos años las primeras seducciones logradas por el francmasonismo en el mundo oficial austriaco, pues si nuestras noticias no fallan, estas seducciones comenzaron por varios individuos que pertenecían a una legación en América.

Sin embargo, en ley de verdad, debemos confesar que en poco tiempo ha hecho gran camino la secta liberal o francmasonica en las esferas oficiales de Austria; pues sólo así podrían ser explicados los conflictos porque ha pasado la Iglesia en el Tirol y otras provincias austriacas; la permanencia de Schmerling en el ministerio de Viena; las anti-patrióticas meticolosidades respecto a la italianería, y otros varios hechos que contradicen las gloriosas tradiciones de la casa de Ausburgo, en las cuales no produjo la torpe política del Emperador José sino una mínima parte de las alteraciones que el sabio Carlos III, como le llaman los liberales, tuvo la desdicha de introducir en las tradiciones de la política española.

El Imperio austriaco, según nos refiere un telegrama fecho ayer en París, ha logrado con ocasión de la Enciclica *Quanta cura* el envidiable lauro de haber sido el único país en donde hasta ahora el Gobierno ha declarado que pueden circular libremente las enseñanzas y advertencias que la Santa Sede ha dirigido a los católicos y al mundo entero, y lo declara, acompañando su declaración con pruebas de lealtad y respeto, si hemos de juzgar por el texto del expresado telegrama.

Sin dar estas pruebas, ó por mejor decir, acompañando la publicación de la Enciclica con un comentario que por lo impio y sandio bien merecía figurar entre los sueltos de cualquiera de esos órganos de la opinión pública que forman las delicias de los concurrentes a garitos y tabernas, el poderoso duque de Baden, señor de un territorio que bien medido aparecería más chico que alguno de nuestros distritos judiciales, ha mandado insertar la Enciclica en su periódico oficial, y juzgándola como declaración de guerra, entre otras palabras con que la replica, escuche las siguientes:

«El Estado (el del señor duque), cumplirá su deber: hará lo que hace la autoridad pontificia, la cual creía mirar por su propio interés cuando pronunció la sentencia contra los principios modernos. Si, la civilización de nuestra época, tan anatematizada y condenada, á ejemplo del Samaritano, procurará atender con abnegación á las necesidades de la humanidad, á despecho de los fariseos y levitas, que desdichosamente abandonan, como en tiempos del Salvador, á las víctimas en medio del camino.»

Dejemos á este samaritano, el cual por más señas es aquel jefe del *Nationalverein*, pretendiente desdichado á aquel Imperio de Alemania y amigo y huésped de Napoleón III, vigilar los rendimientos que dan á su tesoro las casas de juego y otras cosas autorizadas y explotadas en su capital, y dejémosle avenirse con la compañía de bailarinas y otra gente menuda de quien se ve rodeado para lograr nota de Príncipe ilustrado y amigo de las artes, y hablemos de algo verdaderamente serio, que el correo nos participa.

Por cierto que sólo por el correo podíamos tener noticia de esto en que vamos á hablar, pues que los manipulantes del telegrafo, á quienes por debilidades periodísticas pagamos para que mientan y sirvan á la revolución, no nos habrían referido lo que nosotros vamos á tener la satisfacción de referir, ni aun cuando, en vez de reales, les pagáramos en dineros.

Decía un periódico demagógico francés hace pocos días, que ya conocía la opinión del Gobierno y la de los periódicos acerca de la Enciclica, pero que no conocía la del Clero francés; y de camino, aunque ateo aquel periódico, rogaba al Episcopado de Francia que aprovechara esta ocasión para mirar por el Catolicismo.

La curiosidad de aquel diario ha comenzado á verse satisfecha, y á juzgar por las muestras, la suya y las demás curiosidades de la misma especie que en Francia haya, van á quedar todas muy satisfechas.

Con la fórmula de contestaciones á la circular del Sr. Baroche, ministro que guarda los

sellos de Bonaparte, hemos leído en los periódicos franceses dos escritos verdaderamente valerosos, firmado el uno por el Excmo. Sr. Arzobispo de Cambrai, y suscrito el otro por el Excmo. Sr. Obispo de Montauban. Uno y otro son documentos de los cuales debían habernos hablado los telegrafistas, á cumplir su obligación de transmitir las noticias importantes. Nosotros, en vez de examinar estos dos escritos, tenemos por más cuerdo y propio de nuestra incompetencia trasladarlos íntegros, llamando hacia ellos toda la atención de nuestros lectores.

Al comenzar esta Revista hemos consignado la honrosa excepción que presenta el Gobierno austriaco entre los demás que hoy se estilan en Europa; al concluir la debemos decir también algo en honor de aquel Gobierno, el cual, casi al mismo tiempo que el francés dictaba respecto á la prensa periódica y con motivo de los juicios emitidos por ella acerca de la Enciclica una providencia, dictaba él otra que señala la diferencia que existe entre el Imperio de un Ausburgo y el de un Bonaparte.

En este, según refiere un telegrama, se ha mandado la supresión por dos meses del periódico religioso *la Union del Oeste*; en aquel ha sido recojido, por injuria á la Iglesia Católica y al Padre común de los fieles, un periódico titulado el *Vorstadtzeitung*.

### TELEGRAMAS.

PARIS, 9.

La Gaceta de Viena dice que el Gobierno, conforme con el Concordato ajustado con la Santa Sede, no debe influir en la manera bajo la cual publicará el obispo la Enciclica; y añade que ésta pone de manifiesto proposiciones que por sí mismas no son de una naturaleza tal que puedan producir un cambio en las instituciones del Gobierno austriaco.

TORIN, 8.

Ha habido en Bolonia y en Brescia meetings pidiendo la supresión de las corporaciones religiosas, la abolición de la pena capital y la conversión de los bienes de manos muertas.

PARIS, 9 (á las cuatro y treinta minutos de la mañana, llegado á las cinco y cincuenta minutos de la mañana, y comunicado por la noche).

Los periódicos belgas han asegurado que el cónsul general de Francia en Lima había ofrecido al Gobierno peruano la mediación del Gabinete imperial. La noticia es completamente inexacta.

Hace tres meses que el cónsul general Mr. de Lesseps, sigue permaneciendo en París disfrutando de su licencia.

Con este motivo, el periódico *La France* dice que Francia no tiene interés ninguno de ocuparse de un asunto exclusivamente español.

El periódico religioso *la Union del Oeste*, que se publica en Angers, ha sido suspendido por dos meses.

PARIS, 9.

En la Bolsa de hoy quedaban: el 3 por 100 interior español, á 42 1/2; el 3 exterior, á 40 0/0; la diferida, á 40; la amortizable, á 40 0/0; el 3 por 100 francés, á 67-05; y el 4 1/2 á 95-90.

LONDRES, 9.

Los consolidados ingleses quedaban de 89 7/8 á 90.

Carta dirigida por el Ilmo. Sr. Obispo de Montauban al ministro de Gracia y Justicia de Francia.

«Señor ministro: he recibido la carta en que con fecha 1.º de Enero, época en la cual todo el mundo acostumbra ocuparse sólo en cosas agradables, vos informáis á los Obispos de que deben abstenerse de publicar la última Enciclica del Soberano Pontífice, en atención á que dicha Enciclica contiene proposiciones contrarias á los principios en que se apoya la Constitución del Imperio.

Convento, señor ministro, en que varias entre las doctrinas que en la actualidad se profesa y las cuales, sin duda de buena fe, son tenidas como fundamento seguro de los Gobiernos modernos, se oponen abiertamente á las doctrinas que siempre ha profesado la Iglesia católica, y que otra vez acaban de ser proclamadas por Pío IX con franqueza, claridad y valor, que descubren cierta grandeza de alma. Con efecto, Pío IX, aun cuando considerándolo humanamente aparece como al borde de un precipicio, había hoy como hablaron Bonifacio VIII y San Gregorio VII.

La Iglesia, para su causa, no atiende á que la Bula pueda ser hoy ó no publicada por la autoridad episcopal en todas las diócesis de Francia; y las doctrinas que la Enciclica contiene las conocen perfectamente todos cuantos están interesados en defenderlas, y que además tienen el encargo de hacerlo.

Esperaremos, pues, á mejores tiempos; á tiempos, por ejemplo, como fueron los que reinaron durante aquellos diez ó doce años que no há mucho corrieron, y los cuales no dejaron de proporcionar gloria al Imperio, á pesar de la libertad de que durante ellos disfrutaron los Obispos.

En efecto, ha habido en Francia unos tiempos que podíamos calificar de nuestros: hoy no puedo menos de lamentar la providencia que el Gobierno ha juzgado que debía adoptar respecto á nosotros.

Y el caso es que esta providencia no puede haber sido inspirada por el espíritu progresista, (si no que antes bien debe ser considerada como vuelta á unos

tiempos que teníamos derecho para suponer habían pasado y sido echados en olvido.

Por cierto que estos tiempos pasados á que me refiero, hasta ahora, y ahí está la historia que lo acredita, á nadie proporcionaron utilidad ninguna. Por eso quizá no le fué mal al Imperio cuando los echó á un lado y renunció á ellos.

«Por qué había de haber abandonado el Imperio esta conducta, precisamente cuando ni la unión misma de todas las fuerzas morales de la sociedad estaría demás para salvarla hoy, que se ve amenazada por la francmasonería, el espíritu revolucionario y la demagogia!»

Recibid, señor ministro, etc. Montauban 2 de Enero de 1865.

Carta dirigida por S. E. Ilmo. el Arzobispo de Cambrai al mismo ministro.

Señor ministro: He recibido la carta que su excelencia se ha dignado dirigirme con fecha 1.º del corriente, haciéndome saber que la primera parte de la Enciclica del 8 de Diciembre, y el documento que le acompaña con el título de *Syllabus complectens principia nostra atatis errores*, etc., no pueden imprimirse juntamente con las instrucciones que yo creyera deber dirigir á los fieles con motivo del jubileo, ni en ninguna otra ocasión.

No puedo menos, señor ministro, de repetir ahora lo que, en circunstancias análogas, escribí hace diez y ocho años, á uno de vuestros predecesores.

Sin entrar, con motivo de esta prohibición, en una discusión de principios, cuya gravedad conoce su excelencia, debo hacer notar que en mi diócesis, como en todas partes, el artículo del 18 germinal del año X, es imposible que se observe, gracias á la libertad de la prensa.

Los actos del Soberano Pontífice, de que se ocupa el Consejo de Estado, son conocidos de todos los fieles. Hace largo tiempo que corren impresos en los diarios, sirviendo de texto á toda clase de comentarios.

Que plaza sobramanera á los descreídos y heterodoxos de toda laya y secta, traducir, esparcir y censurar esos actos emanados de la autoridad más venerable de la tierra, sin que el gobierno pueda ó quiera evitarlo, ni nos sorprende, ni nos quejaremos jamás de ello. Pero lo que nosotros encontraríamos extraordinariamente anormal, sería que entre todos los ciudadanos franceses, entre todos los ministros de los cultos reconocidos en Francia, nosotros fuéramos los únicos á quienes se prohibiera comunicar á nuestros diócesanos, sin la autorización del gobierno, documentos que no se refieren más que á nosotros y á los fieles de nuestra comunión.

Los ministros de los cultos disidentes, pueden, con toda libertad, y á la puerta de nuestras catedrales con sus predicaciones, ya en toda la extensión de nuestra diócesis con sus folletos, comentar á su manera esos rescriptos y aun tergiversarlos á su placer; pueden legalmente transmitirlos por buhoneros pagados, no solamente á sus correligionarios, sino también á nuestros diócesanos, y nosotros seríamos los únicos que nada pudiéramos decir sobre el asunto hasta que una Real orden viniera á abrirnos la boca!

Esta sería una anomalía por demás chocante para que pudiera durar mucho tiempo. La igualdad de todos los cultos ante la ley, cesaría con perjuicio nuestro, y en vez de protección, el Catolicismo no encontraría más que obstáculos y trabas.

Dire también, señor ministro, que la medida restrictiva de la libertad de nuestro culto que V. E. me indica, me admira y me contrasta, tanto más cuanto mayor es la libertad con que circulan en estos tiempos las doctrinas más anti-cristianas.

Cada uno tiene hoy libertad omnimoda para negar hasta la existencia de Dios, y hacer una propaganda atea en escritos públicos, sin otra cortapisa que su voluntad y su conveniencia. ¿Será, pues, pedir demasiado, que se nos conceda el mismo derecho para la enseñanza católica?

La prohibición dictada por V. E. con motivo de la Enciclica del 8 de Diciembre y del *Syllabus* adjunto, tiene un carácter tal de gravedad, que nadie puede desconocer; pues no sólo se refiere á una mera prescripción disciplinaria, sino á una instrucción doctrinal del Soberano Pontífice.

Por lo demás, señor ministro, sin duda que en ciertas circunstancias y en algunos pueblos se puede impedir las comunicaciones del Vicario de Jesucristo con los fieles que por misión divina tiene encargo de instruir y dirigir en el universo entero; pero en ninguna parte ni en ningún caso podrán los Gobiernos humanos quitar á su palabra la virtud de ligar las conciencias ni hacer que cese la obligación que tienen los Obispos de transmitir, en cuanto esté de su parte, esas instrucciones á sus diócesanos.

EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

MADRID 10 DE ENERO DE 1865.

De falta de humildad nos acusa *La Patria*, y vamos á probarla su sinrazón con dos argumentos inconcusos: primero, haciéndonos cargo de su artículo, y segundo, dejando sin respuesta alguna las personalidades que en él campean, y de las cuales podrán formar idea nuestros lectores sólo con saber que el escrito de *La Patria* se titula: «La Enciclica de Su Santidad y D. Gavino Tejado.»

Tampoco destinarémos muchas líneas á mencionar las acusaciones dirigidas en el tal ar-

tículo contra EL PENSAMIENTO ESPAÑOL; acusaciones ya añejas, y que renovadas ahora por *La Patria*, no prueban otra cosa sino que este diario anda atrasado de noticias. Desde el primer día de nuestra publicación, no hay periódico revolucionario que haya renunciado al gusto de «arrancarnos el disfraz con que encubrimos nuestras verdaderas tendencias políticas, al abrigo de un catolicismo fariseico»; ni ha pasado día sin que el periodismo liberal, de todo grado y matiz, haya tomado á pechos el «hacer ver á cuantos puedan leer EL PENSAMIENTO ESPAÑOL, que bajo el manto de católico ó hijo sumiso de la Iglesia, abraza otras miras que nada tienen que ver con el Pontificado, que son de pura política, de funesto absolutismo, y quizás de odio encarnizado contra instituciones enlazadas con la monarquía de nuestra augusta Reina.»

Todo esto que *La Patria* nos atribuye, debemos de haberlo hecho con tanta habilidad que hemos logrado ocultárselo al mismo Sumo Pontífice, que se ha dignado honrarnos con su especial bendición; á los venerables Prelados de España, que se han dignado dispensarnos distinciones de que jamás hemos hecho alarde; y á nuestros cuatro mil suscritores que cada día nos honran con las muestras más señaladas de su nunca bien agradecida benevolencia.

Que nuestras pobres tareas no merecen tanta honra, es evidente; pero confesemos que la cosa hace honor á nuestra astucia cuando al cabo de cinco años de estársenos arrancando á toda hora el disfraz, resulta que cada día es mayor y más lucido el número de inocentes que, cayendo en nuestros lazos, han dado en creer que nos reimos soberanamente de la política y aún de los políticos, para atender primaria, si no exclusivamente, á la propagación y defensa de los principios sociales: *Religion, Moral, Propiedad, Familia*.

Nada más sobre esto, pues aún lo dicho nos parece demasiado, y sólo se nos puede perdonar en gracia de nuestro justo deseo de que el público sepa cómo hay un periódico nuevo, titulado *La Patria*, cuya amena lectura recomendamos á todo liberal, de la familia de los prudentes. No se dirá que deja de ser un verdadero heroísmo esta recomendación, hecha así tan de golpe por nosotros anti-liberales exajerados, y sin ualdito el propósito de la enmienda.

*La Patria*, mirada de frente, es un periódico bien intencionado: de esto no puede caber duda en cuanto se lea el artículo que nos dedica: su flaco está en que no sabe lo que pasa: la infeliz se ha clavado en aquellos tiempos de la Arcadia liberal en que alguna gente cándida se despepitaba.

Por conservar vijentes

La ley y la libertad;

de donde resulta que, á despecho de todas sus defensas del progreso, no ha progresado. Esto explica cómo en el año de gracia de 1865, puede parecerle todavía que el liberalismo no es «un conjunto repugnante de errores y de crímenes», como nosotros decimos, sino «la legítima manifestación de la libertad en la forma», como dice *La Patria*.

Creo este periódico (la buena fe de algunas gentes no tiene precio) que bajo el nombre de liberalismo no se contiene otra cosa sino «la garantía contra los desmanes de la autoridad creada, ya rodeándola de útiles resistencias, ya levantando parciales poderes que contrapesen su gobierno.»

Aparte de esto de los poderes parciales (porque el poder no tiene plural, y porque poder partido es una cosa sin sentido común), declaramos que si el liberalismo no fuera más que eso que dice *La Patria*, todavía se podía apostar algo á que somos nosotros más liberales que ella.

Pero da la pícara casualidad que el uso, como ya decía Horacio, posee el derecho y la norma del lenguaje; de donde resulta que bajo el nombre de *ladron*, por ejemplo, el uso ha establecido que se entienda el que se apodera de lo ajeno contra la voluntad de su dueño. El procedimiento seguido para este resultado ha sido que á todo el que ha ejecutado esta maniobra, el uso le ha designado con el nombre de *ladron*. ¿Qué le hemos de remediar? Si el uso hubiera dado en llamar *ladron*, por ejemplo, al hombre caritativo, resultaría que llamar á un hombre *ladron*, sería igual á decir de él que tenía la virtud de hacer limosnas por amor de Dios. Pero como el uso llama *ladron* al que roba, resulta que decir de un hombre que es *ladron*, equivale á decir que tiene el vicio de tomar lo ajeno contra la voluntad de su dueño.

Pues apliquemos el simil. Sería muy bueno que bajo el nombre de liberal, se contuviese la idea de hombre amante de garantías y útiles resistencias contra los desmanes de la autoridad;

pero el uso lo ha dispuesto de otro modo, y llama liberal al partidario de un sistema, que examinado en la teoría de sus dogmas, es un conjunto de máximas anti-sociales, y estudiado en su aplicación práctica, en su progreso histórico, es una serie idéntica, universal y constante de crímenes contra la sociedad.

Considerado el liberalismo en su significación teórica, salió organizado como cuerpo de doctrina por primera vez en aquella famosa declaración de los derechos del hombre á que se llama en común Principios de 1789, y que no fueron otra cosa sino una proclamación absurda de unas cuantas libertades que el hombre no tiene, porque son contrarias á su propia naturaleza y á la ley de Dios; como por ejemplo, la facultad de proclamar y profesar indistinta é indiferentemente, en todo orden de ideas y de cosas, la verdad y la mentira, el bien y el mal; ó de otro modo, la libertad de imprenta y la libertad de cultos, suma y compendio de todas las demás libertades proclamadas en aquel primer código de doctrinas y de instituciones, que fué señalado con el específico nombre de liberalismo.

Esto y no otra cosa se significó con la palabra liberalismo por los que fueron, no sólo inventores de la palabra, sino de la cosa significada por ella. Liberalismo, pues, significó desde entonces, y jamás ha significado otra cosa, tanto como sistema filosófico-político, calcado en los Principios de 1789. Y como estos Principios fueron una declaración de guerra contra las doctrinas más inconcusas y venerandas de la Iglesia Católica; de aquí el que inevitablemente liberalismo significara tanto como conjunto de doctrinas contrarias á la fe y á la doctrina de la Iglesia Católica.

Vamos ahora á la aplicación práctica, al progreso histórico del tal sistema. En este punto, todo está dicho con asentar una proposición confirmada por la historia, á saber:

«Es un hecho notorio, universal y constante que en toda nación social ó políticamente constituida bajo la advocación de un sistema á que se haya dado, por común consentimiento, el nombre de liberal; en esa nación, desde el primer momento de proclamarse y actuarse el liberalismo, la Iglesia católica ha sido perseguida y vejada de todas maneras en sus dogmas, en su disciplina, en su jerarquía, en sus institutos, en sus ministros, en sus propiedades y en el uso de todos sus derechos.»

Pruebas de esta proposición: la historia del mundo entero desde 1789 acá.—Medios de comprobación: tener ojos, oídos y sentido común.

Corolario de esta prueba: el siguiente silogismo:

«Las palabras liberalismo y liberal significan un sistema y partidarios de un sistema que, examinado en sus teorías propias, en su genuino origen y en su aplicación práctica, notoria, universal y constante, ha sido adverso á la Iglesia católica;

Es así que *La Patria* se proclama liberal, ó sease partidaria del liberalismo;

Luego, ó *La Patria* conoce la significación única verdadera de estas palabras, ó no la conoce. Si la conoce, se proclama partidaria de un sistema adverso á la Iglesia; si no la conoce, que la estudie, y no se meta á periodista, con tan grave riesgo de envolver su ignorancia ó su torpeza en una larga é impertinente serie de vulgaridades manidas y de personalidades injuriosas.

Al empeño disparatado ó anti-católico que *La Patria* muestra de tomar para sí un nombre, disparatado si se obstina en hacerle significar lo que no significa ni en su origen ni en su constante significación; anti-católico si se obstina en usarlo como lema de ideas condenadas por el Papa al condenar en absoluto el liberalismo; á este empeño de *La Patria*, que en el primer caso es un atentado contra el sentido común, y en el segundo un atentado contra la autoridad de la Santa Sede, esto es lo único que responde, protestando de no responder ninguna otra cosa, EL PENSAMIENTO ESPAÑOL, bajo la firma del último y mas humilde de sus redactores,

GAVINO TEJADO.

Escribe hoy *La Correspondencia*:

«Dice anoche EL PENSAMIENTO ESPAÑOL:

«En los salones de conferencias del Senado y del Congreso, y en otros círculos políticos, se ha dicho esta tarde que el ministro de la Gobernación había dimitido. Allí mismo se citaba como probables sucesores del Sr. González Bravo á los señores Fernandez de la Hoz ó Alonso Martínez.

«Nosotros nos limitamos á consignar lo que se dice.»

Y nosotros á consignar que no oímos tales rumores.»

Pero es el caso que *La Correspondencia*, que

nos prefiere á nosotros para desmentir una noticia que no dábamos como exacta, y que sin embargo todos los periódicos no ministeriales consignaban anoche, se olvida al hacerlo que ella misma decía anoche que «se daba por seguro en todos los círculos políticos que el señor Gonzalez Brabo dejaba el ministerio de la Gobernación; que había circulado este mismo rumor por los pasillos del Congreso, y que al ver tanta insistencia no se atrevía á decir, por carecer de datos para ello, que tal noticia careciese de todo fundamento.»

Nosotros, al terminar, decíamos: «la verdad en su lugar.» La Correspondencia, por el contrario, se limitaba á *aplazar* el hecho.

Refiriéndose á los rumores ántes citados, dice *Las Novedades*:

«Parece que se ha suspendido la salida del señor Gonzalez Brabo del ministerio. Tenían fundamento los rumores que ayer y anteayer circularon.»

El general Narvaez hizo demasiado público su disgusto al oírle decir en el hanco azul, en la sesión del sábado, que efectivamente había defendido una opinión contraria en la cuestión de Santo Domingo. Se consideraba ya resuelta su salida, y se hablaba de una contradanza de ministros y de la entrada del señor Fernandez de la Hoz ó del Sr. Moyano, cuando de repente desapareció todo motivo de disgusto.

Le demostraron al general Narvaez que el Sr. Gonzalez Brabo tenía 46 ó 50 votos en el Congreso, y que iban sólo á cambiarse por igual número de disidentes ó moderados rebeldes que apoyarían al Gabinete. El general Narvaez se convenció, ó por mejor decir, se dio por vencido, y todo quedó arreglado.»

La Democracia, que al parecer acepta con orgullo el papel de falsario y calumniador, insiste en las siguientes líneas en un hecho cuya propagación le ha valido aquellos, digámoslo así, honrosos dictados.

«Dícese que entre las personas que acudieron á la célebre cita de Avila, se encontraba un legitimista francés, y que circularon proclamas de las que se tenían preparadas. Todo anuncia, todo, según los hombres previsores, que estamos en vísperas de un San Carlos de la Rápita.»

Conviene advertir que el mismo periódico, en otro párrafo que publica hoy, califica otras noticias publicadas por diversos periódicos de «castillos en el aire que algunos han levantado para darse lustre, mandar y vivir á costa del presupuesto.»

Las calumnias de La Democracia no necesitan más correctivo que la propia Democracia. ¿Conque lustre? ¡Vaya una infamia ilustre!

¿A quién irán dirigidos los siguientes propos fraternal de La Discusión?

«Gócese en este espectáculo (el de la división de los demócratas) el que, en vez de alinear todas las dificultades para que la organización del partido democrático se lleve á cabo con aquiescencia de todos, sembró la discordia y extravió la opinión de nuestros correligionarios, exaltando los ánimos con el pretexto pueril de no sabernos qué metichas palabras. Gócese en buen hora el que, en vez de procurar la armonía de todos los elementos propiamente revolucionarios, de todos los demócratas que hasta aquí siempre se han agrupado al rededor del programa con que se encabezaba La Discusión, procuró mañosamente apartarlos de nuestro lado, si no por otros motivos que llamamos, al menos por motivos de pura y ridícula vanidad.»

«Si será el que nos figuramos? Pero no: porque de nuestro conocido, el desinteresado y valiente compañero de la idea, el elocuente é inspirado cantor de los derechos autonómicos, el catoniano y severo maestro que todo lo abandonó ante la duda de su lealtad, á menos la... cátedra, nadie, ni La Discusión siquiera, tiene derecho para decir lo siguiente:

«A pesar de los amañes y las intrigas de algunas personas que ni nombrar queremos, La Discusión, como verán nuestros lectores en otro lugar, está en los derechos de timbre muy por encima de ciertos periódicos que, por todos los medios posibles, se han propuesto tener más suscripción que nosotros.»

«¿Conque guerra por suscripciones? Ahora caemos en el por qué, en la carta reservada que se remitió á ciertos demócratas excitándoles á que en la reunión tenida el 22 de Noviembre en la redacción de La Democracia, para elegir el comité central democrático, se les excitaba á que en bien de nuestro ideal, se hiciese por quitar «influencia al elemento socialista», del cual temían, que aun combatiéndolo, «sabe Dios lo que sucederá en algún día no muy lejano.»

Ya están ahí las consecuencias temidas. Figurar en la lista de lo pagado por derechos de timbre muy por bajo de periódicos contra cuya lista de suscriptores se hace cruda guerra.

Aquí de D. Luis Gonzalez Brabo. Saludo á la joven democracia.

Segun el resultado de la votación en las sesiones del Congreso, ha estado en un tris, como vulgarmente se dice, el que el neo-católico Sr. Nocedal sea miembro de la comisión parlamentaria que ha de decir cómo el Congreso debe responder al discurso de la Corona.

De treinta y dos diputados que votaron al efecto en la sección segunda de aquella Cámara, hicieronlo quince en favor del Sr. Nocedal, ó lo que es equivalente, su opositor, el señor Orovio, triunfó por solos dos votos.

Verán Vds. cómo todavía van á salir en el Congreso más neos de lo que dice la gente.

Sin querer ó queriendo, la comisión de actas del Congreso sigue haciendo lo posible para ver de evitar que el diputado por Infantes, señor Garcia Gutierrez, tome asiento en el Congreso,

ó ya que otra cosa no, que lo haga lo más tarde posible.

Primero comenzó declarando grave un acta en que no había más protesta que la del candidato vencedor, cuyo instinto de justicia se rebeló contra ciertos actos, que en su perjuicio, se llevaron á cabo aunque sin éxito.

Después se decidió á dar dictámen, pero desentendiéndose de reclamar justicia contra los perpetradores de los actos protestados por el Sr. Garcia Gutierrez.

Y por último, cuando este se levantó á notar tan escandalosa parcialidad é injusticia, deladoras de un censurable compadrazgo, la comisión retira el dictámen para... pensarlo mejor.

Este espejo de las prácticas parlamentarias no tiene más que un pero, que como le falta el azogue, en vez de reproducir la imagen que tiene delante, deja ver lo que está detrás.

Y nosotros lo estamos viendo.

El no haber anunciado el telégrafo noticia alguna de las que han debido llegar á Inglaterra por el correo de los Estados-Unidos, prueba que á mediados de Diciembre no se tenía noticia alguna en Panamá de ningún hecho importante ocurrido en el Perú. Hasta el 13 ó 14 no se tendrá noticia de lo que haya ocurrido en la primera quincena de Diciembre.

La Patrie llegada ayer dice haber recibido una carta de Valparaíso, en la cual se asegura que se habían tenido en aquella ciudad noticias del Callao, de 29 de Noviembre, posteriores en tres días de fecha á las publicadas en los periódicos de Madrid. Según dichas noticias, los refuerzos enviados al general Pinzon acababan de llegar á las islas Chinchas; de modo que la escuadra española se componía ya de ocho buques de guerra, entre ellos dos fragatas y tres corbetas de vapor. Se aseguraba también que las instrucciones enviadas al almirante español consistían en ordenarle que estuviese á la expectativa hasta la llegada de la fragata acorazada Numancia, que debe servir para atacar las fortalezas del Callao.

A pesar de lo que dice La Patrie, creemos que á dicha fecha no podrían haber llegado los primeros refuerzos, puesto que, según noticias que más abajo insertamos, no lo han verificado hasta mediados de Diciembre. Tampoco son ocho los buques que comandarán la escuadra, cuando lleguen dichos refuerzos, sino seis, estos es, las fragatas Resolución, Blanca, Berenguela y Villa de Madrid, y las goletas Covadonga y Vencedora. Respecto á la última parte de la carta de La Patrie que asegura que se aguardaría la llegada de la Numancia para tomar la ofensiva, la creemos completamente destituida de fundamento.

La escuadra del Pacífico será de nuevo reforzada, no sólo por la Numancia, que debe salir inmediatamente de Cádiz, sino también por el vapor Marques de la Victoria, que acompañará á dicha fragata.

Anoche salió de San Fernando para Gibraltar la goleta Buenaventura, con objeto de adquirir las prendas de abrigo para la Numancia y para el Marques de la Victoria.

Una carta de Panamá de 17 de Diciembre recibida por la vía de Nueva-York y Liverpool, nos trae noticias del Callao de 29 de Noviembre, posteriores en tres días de fecha á las publicadas ayer en Madrid. Según dichas noticias, los refuerzos enviados al general Pinzon acababan de llegar á las islas Chinchas; de modo que la escuadra española se componía ya de cuatro fragatas y dos corbetas de vapor.

Nada se dice respecto á las operaciones de nuestros buques y de la escuadra peruana; pero es muy posible que esta no se haya movido del Callao, porque, si según se cree, su intento era tan sólo volver á tomar posesión de las islas de Chincha, como el general Pinzon no se hallaba ya en ellas, se exponía la escuadrilla peruana á que la nuestra le cortase la retirada con todas las ventajas de una posición favorable.

Correspondencias del Callao que inserta la Patrie, dicen que el general Pezet, presidente del Perú, no obstante la votación de las Cámaras de Lima, no se había decidido aún á declarar la guerra á España. Reinaba gran animación en la capital, y se oían voces insultantes contra el presidente, á quien acusaban de debilidad; pero como la guerra no se hace con gritos y con amenazas, sino con soldados y con marinos, se pasará algún tiempo antes que los peruanos se hallen en estado de tomar la ofensiva.

El movimiento de negocios era muy activo en las islas Chinchas. En el mes de Octubre habían cargado guano con destino á Europa treinta y seis buques, todos de mucho porte. Se aplaude mucho la lealtad de los españoles, que no ponen el más mínimo obstáculo al comercio y á las transacciones.

De París dicen, con fecha 5, que al llegar á Aspinwal el general Pareja, fué advertido de que se tramaba un complot contra su vida. Para no ser víctima de él dicho general atravesó el istmo de Panamá de noche, y se embarcó al amanecer en el buque inglés que va al Callao. El cónsul francés, cuyo celo se manifestó ya en otra ocasión parecida, acompañó al general hasta el punto de embarque. Dicese que el Sr. Pareja ha dirigido desde Panamá un despacho al Gobierno, dándole cuenta de estos hechos.

El Diario de Barcelona publica la siguiente carta, que uno de nuestros compatriotas escribió desde Lima con fecha 27 de Noviembre último, en la que se revela el estado de agitación

anárquica en que se encuentra aquel país, y se anuncia la pérdida, sabida ya oficialmente, de la fragata Triunfo.

Dice así la correspondencia:

«No extraña V. que no le haya escrito, porque no he podido. A los pocos días de su salida tuvo la ocurrencia este Gobierno de constituirme en prisión como reo de Estado, pero confundido en el presidio de Casamatas del Callao entre todos los bandidos: como primera víctima, debe V. suponer que se desahogaron conmigo: centinelas de vista, prohibición de toda comunicación, insultos, vejámenes, etc., etc., pero yo siempre muy español; me siguieron un juicio ridículo, del que salí absuelto en las tres instancias, y después de 86 días de presidio, me tiene V. en libertad, como si tal cosa, y como si yo me quedara con ese clavo adentro.

Aquí se nos insulta mucho, mucho; se habla y nada se hace. Todos los partidos, con la pantalla del patriotismo, se quieren hacer de la presidencia; á esto se reduce toda la política, por distintos colores que la quieran dar; estamos en una verdadera anarquía. El Cuerpo legislativo y ejecutivo están en pugna abierta. Castilla es presidente del Senado, y, como de costumbre, aspira á la silla; se dice cada barbaridad en este agosto reciento, que de repente se viene el edificio abajo; el día 20 se propuso la vacancia de la presidencia en el Congreso, y habiendo quedado pendiente la discusión el 25, nadie tocó este punto, porque el Gobierno hizo algunas prisiones y puso la cara seria. Como los buques blindados aquí ya están en actitud de salir, con mucho calor se trata en el Congreso si deben salir ó no.

El general Echenique subió á la tribuna para demostrar que no convenía la guerra, y como hubo murmullo en la barra, se confundió de tal manera el orador, que concluyó por decir: «Se calcula en mil los españoles que hay en el Perú; podemos hacer la guerra botándolos á patadas.» (Aplausos.) Admírese usted de esa belleza parlamentaria en boca de un ex-presidente de la república y actual presidente de la Cámara de diputados. La tropa está sobre las armas hace días, y aunque el Gobierno toma precauciones como cambio de coroneles en los cuerpos, prisiones, etc., creo que no nos escaparemos de una revolución. Como debe V. suponer, no estamos muy seguros, y si se rompen las hostilidades, como es probable, llevará una buena lección, y nosotros seremos las víctimas. No le extraña á V. esto, pues por mi parte he recibido varios avisos, y en cafés públicos han jurado matarme; pero aseguro á V. que venderé cara mi vida.

Anoche hubo sesión permanente en el Congreso, y resolvió que el ejecutivo notifique al almirante Pinzon que desocupe las islas y dé cuenta al Congreso en el término de ocho días.

Hoy se ha probado el Loa, blindado, y voltejando por la bahía marcha seis millas á todo andar; ha probado también su artillería tirando cuatro cañonazos.

Son las cinco de la tarde; hay grande agitación en la población; un buque guanoero llegado de las islas anuncia que la fragata Triunfo se ha incendiado y volado anteanoche; los periódicos publican alcances por telegramas del Callao sin detalles; yo no puedo dar crédito á la noticia; pero aquí celebran como segura la victoria con algunos centenares de ponches en los cales.

Por último, El Comercio de Cádiz publica la siguiente carta recibida el sábado y escrita por uno de nuestros marinos de la escuadra del Pacífico. Su lectura, despierta sentimientos de profunda amargura.

Dice así:

«ISLAS CHINCHAS, 26 de Noviembre.

La fragata Triunfo se ha incendiado, y ha sido presa de las llamas esta noche última.

Ayer á las cuatro de la tarde fui á bordo de ella para comer con mis compañeros. A las cuatro y media se declaró el fuego, que fué combatido con el mayor valor y heroísmo, haciendo esfuerzos verdaderamente sobrehumanos para dominarlo. ¡Qué noche! ¡El corazón se sale del pecho de dolor! No es posible explicar el entusiasmo, el arrojo, la constancia, el heroísmo de todo el mundo. ¡Qué comandante! ¡Qué gente! Hubo que sacarlos de á bordo contra su voluntad y poco menos que á la fuerza.

Todo se ha perdido. ¿Será posible que nos abandonen nuestra patria? Las fragatas no vienen y aquí no vemos más que la revolución americana desencadenada contra nosotros.

Nada han podido salvar el comandante y los oficiales de la Triunfo. Repito que todo se ha perdido. ¿Qué podrá yo decir del Sr. Croker? El Dios de las tormentas no hubiera estado más sereno.

Me falta tiempo para continuar. Bien puede decirse que si no hemos alcanzado la corona de la gloria, nuestra patria no debe negarnos la del martirio.»

Explicando qué es el neo-catolicismo, qué los neo-católicos, quienes son los que así los califican, para qué lo hacen, y por último, explicando y enseñando otras muchas cosas más, pronuncio hace algún tiempo en la Armonía nuestro querido amigo el Sr. D. Antonio Aparisi y Guajarro un discurso del cual á su tiempo hablamos.

Este es el discurso que á continuación insertamos. Siendo obra del Sr. Aparisi, toda recomendación sería siempre excusada. Poniendo hoy este discurso á la vista de nuestros lectores, ¿qué podríamos decir de él que á estos satisficiera después de haberle leído?

DISCURSO PRONUNCIADO EN LA SOCIEDAD LITERARIO-CATÓLICA LA ARMONIA EN 3 DE DICIEMBRE DE 1864 POR D. ANTONIO APARISI Y GUAJARRO.

Señores:

Conoceis todos vosotros al Sr. Orti de Lora, y sabéis, ó supongo que sabéis, que no es fácil cosa resistir á sus vivas instancias, con apariencia de ruegos corteses. De mí sé decir, que su dulzura y suavidad me obligan á mucho; y me han, en cierto modo, violentado... Excuséme cuanto pude, y no por modestia, y cierto que sin afectación. Tenía para ello razones poderosas. Para explicar desde este sitio, ó decir cosas no indignas de vosotros, se necesita estudiar: para estudiar, tiempo; y aun habiendo tiempo, cabeza serena además, y ánimo aparejado al estudio. Los que hacemos en tiempos pasados, si es que los hicimos, están olvidados; cada ciencia tiene su lengua propia,

y confieso que no conozco ninguna, á no ser y muy medianamente, la lengua de las leyes. Soy, en fin, como os indico por estas últimas palabras, abogado; y cuantos lo sean sabrán por experiencia que la prosa forense que hemos de revolver de continuo, es una ruina y menguada prosa, bastante por sí sola á apagar la imaginación y estragar el gusto y no consentir vivaz á la palabra ni galanura á la frase.

Resisti, pues, á las instancias vivas ó á ruegos corteses; pero tantos y tales fueron que, medio vencido, prometí; y á tal punto han llegado las cosas, que á la postre he osado subir á este sitio, ilustrado por oradores elocuentes... mas conste que lo hago sólo, en justo homenaje de estimación y respeto á este nacimiento instituido, y por amistosa deferencia á su esclarecido presidente.

Por lo demás, sea cualquiera la materia que haya de explicar en adelante, si falta de salud ó sobra de ocupaciones obligatorias no lo impiden, desde el momento en que creí posible subir á esta cátedra, determiné hablar de cierto punto especial; de una cosa que me preocupa mucho; de impresiones y de observaciones, de alegrías y dolores, de esperanzas y desfallecimientos que experimento, al contemplar la situación actual de la sociedad europea, y al comprender como todos comprendéis que estamos sin género de duda en vísperas, ó en peligro al menos de catástrofes tremendas.

Vivimos, no sosegada y tranquilamente, sino turbada y arrebatadamente; fuera de nosotros, desconcentados de hoy, temerosos de mañana; y pasan á nuestra vista y con tan asombrosa rapidez cosas y sucesos, raros y extraordinarios muchos, que como alicinados y cegados por ellos vivimos... sin tiempo ni espacio, ni ánimo para meditar sobre la situación real, verdadera, crítica, espantable del mundo, en el día de hoy. Bien la comprenderíamos si pudiésemos hurtarnos á esas impresiones, y recogernos en nosotros mismos, y meditar en la soledad sobre el mucho camino que en poco tiempo hemos andado, sobre el poco que nos resta para llegar á los bordes del abismo.

Sentimos que nos amenazan grandes males: sentimos vivir en época de transición borrascosa; es llevada nuestra nave por entre bravas olas, merced á furiosos vientos, hacia playas desconocidas; todo es turbación y desconcierto en Europa; nada hay que no parezca estar fuera de su asiento; apenas un pueblo contento con su suerte; apenas un Rey seguro en su trono; apenas una verdad que no se niegue; apenas una base de la sociedad sobre que no se dispute... y es que el espíritu del mal á quien llamaremos revolucionario, va en nuestros tiempos creciendo por desusada manera, y extendiéndose y derramándose por todas partes, en todas levantando cátedras y alistando soldados, en todas disputando, confundiendo, trastornando á las gentes.

Ese espíritu, ese espíritu existe en verdad desde el principio de los tiempos; fué el que dijo á nuestros padres: *seréis como dioses*; fué el que levantó la torre de Babel después de llamar al diluvio sobre el mundo; fué el que empujaba el pueblo de Dios á las montañas para adorar á los ídolos; fué el que crucificó al Justo y vertió la sangre de los mártires, y dió largos días de dolor y de angustia á la Iglesia de Dios... Hará tres siglos que se encarnó ese espíritu en un fraile apóstata, que desde el regazo de una monja apóstata, osó juzgar á la Iglesia que siempre es santa, y turbó á los pueblos y los destruyó... Más adelante inspiró á dos llamados filósofos, el uno cínico mofador, el otro visionario delirante, los cuales, tras de escarnecer lo que hay de más santo en la tierra, enloquecieron al pueblo de Clodoveo y San Luis. A poco ese espíritu se llamó *Revolución francesa*, invasión del infierno en el mundo, y arrojando del altar á Jesucristo, puso en él á una prostituta, á quien llamó *La Razon*; pero ministro sin saberlo de la justicia divina, tras desgarrar las entrañas de Francia, encarnóse en otro hombre, y subió á caballo y recorrió y visitó todas las cortes de Europa para azotar á sus Reyes, los cuales, ó sus ministros, habían entrado en la conspiración contra el Cristo... (No aplaudais, señores, os lo ruego: vais á turbarme: basta con que manifestéis vuestro asentimiento: siempre halaga y anima el tener todos el mismo corazón, el mismo espíritu...) El del mal, el revolucionario de que os hablaba, que vive y se agita en todas partes, háse reconcentrado, digámoslo así, y levantado con satánica soberbia frente á frente de Roma, la ciudad eterna, y mira á Aquel ante quien todos nosotros doblamos la cabeza con amor y con respeto, ansioso de acometerle, y si tanto pudiese, de derribarle, con la esperanza insensata de herir en el Pontífice á la Iglesia, y en el Rey á todas las potestades legítimas del mundo.

Prepáremosnos, señores, á una grande y descomunal batalla: mayor quizá no la han presenciado los siglos. Hoy se lucha con ideas trastornadoras: mañana probablemente con armas homicidas. Formidable lucha, esta lucha de las ideas, y no hay medio de esquirlarla: no habeis de lograrlo, siquiera os escondais en lo más secreto de vuestras casas. Allí buscan el espíritu de vuestros hijos para enloquecerlo y el casto corazón de vuestras hijas para viciarlo. Cada día que amanece el sol de Dios, caen sobre el mundo, esparcidas á los cuatro vientos del cielo, mil ideas enemigas de Dios, semejantes á los ejércitos del anti-cristo que han de traspasar los montes, y para quienes no han de ser obstáculo robustas y altísimas murallas. Pues bien: ya que el combate es inevitable, preciso es que lo aceptemos, y no para defendernos simplemente, sino para adelantarnos y atacar á nuestra vez; que puede más el que se atreve á más, y el que ataca es por lo común el que vence. Pues bien: por cada mil ideas malas, consentidme que hable así, que se arrojen sobre el mundo, arrojemos nosotros si es posible un millón de ideas buenas; y tengamos fe, que Dios, después de probarnos, nos ha de dar la victoria.

Lo que en medio de esta inmensa lucha en que andamos todos revueltos más me daña y angustia, y en ocasiones, aunque curado de espanto, me indigna y como me saca fuera de mí, es contemplar que en los presentes miseros tiempos no parece sino que la falsedad ha sido erigida en sistema. Es una de las épocas del mundo en que más se ha mentido; se miente sobre todo y en todo; de arte que me doy á imaginar á veces que hasta el aire está inficionado, y que al respirarlo se respira imposturas, y siento á veces tal angustia y tal daño, que he estado á punto de desear... ¡Dios me lo perdone!—que se proclamara en el mundo libertad para todo, así para el bien como para el mal; aunque sólo debe haber libertad para el bien. A punto he estado de desearlo, con la esperanza de que habiendo más libertad, hubiera menos hipocresía. Digan nuestros adversarios lo que sientan y me doy por contento: pero ¿quién es el hombre, por lar-

ga paciencia que le asista, que no la vea alguna vez apurada, ó cuál el espíritu generoso que no se harte y cobre repugnancias invencibles, al ver combatidas y profanadas las cosas que respeta y ama, y su propia persona, y su propia dignidad, sólo con mentiras y siempre con mentiras?

Grandes maestros fueron Maquiavelo y Voltaire: su espíritu vive sin duda y reina ámpliamente en nuestros días; suena en muchos oídos aquella voz infernal y asquerosa: «calumnia, que algo queda;» y no extraño por consiguiente esa especie de conjuración formada contra los hombres que luchan en cuanto pueden por conservar los restos preciosos de la herencia de sus padres. Se intenta macharlos, enterrarlos al desprestigio de las gentes, y en su día al furor de las muchedumbres, si estas llegaran á entrar en turbulenta posesión de su implacable soberanía. De ahí el llamarlos á todas horas *neos*, *oscurantistas*, *buhos*, *enemigos de la dignidad humana*, *verdugos de la razon*, *aborrecedores rabiosos de toda libertad y de todo derecho*. ¿Quién puede oír esto con paciencia?... Yo bien sé que son muchos los que al pronunciar tales cosas no saben siquiera lo que se dicen; y gentes son buenas, no lo dubeis; católicos muchos de ellos que oyen Misa; y habéis algunos que parecen graves, mas por quienes el tiempo pasando, dejó sólo el conocimiento, la experiencia de las cosas insustanciales, triviales de la vida; y cuya razon, encogida en angosto cerebro, alcanza á ver que sale el sol todos los días, y que hacen los hombres y se mueren, y... cosas por el estilo; mas nunca se paró á considerar, ni pudieran, —ninguna verdad profunda; nunca ha entrevistado los secretos misteriosos resortes que mueven al corazón del hombre y á la humana sociedad; nunca pensada, ó nunca ni poco ni mucho comprendido la historia de esta... y cómo ha de ver, ni pensar, ni comprender? ¡Pobres gentes! En días de Salomón ya se escribió: «que el número de los tontos era infinito;» os aseguro que los tiempos no han cambiado. Téngalo esto presente quien hable, quien escriba, y sobre todo quien gobierné. Esos infelices, pues, como han leído ó han oído que á muchos hombres se les apoda de *neos* y de *oscurantistas*, y de *verdugos*, etc., etc., se ponen á hacer coro y á gritar con toda la fuerza de sus pulmones *verdugos*, *oscurantistas* y *neos*... y ¿qué hacer? Enorgañarse de hombres, mirar al cielo y tenerles lástima.

No hablémos, pues, de estos señores: hablémos de aquellos que saben lo que dicen, de los que pregonan que fué progreso la protesta de Lutero, de los que animados por el espíritu de la revolución francesa, están pública ó secretamente alistados en el ejército innumerable de los conspiradores contra la Iglesia de Jesucristo. Estos tales en algunos países, teniendo á la ley ó al pueblo, han recurrido al medio ingeniosísimo, para atacar impunemente á los católicos, de apoderarse de *neos*. No soy yo, *neos* vosotros, según esos señores. ¡Por Dios que tiene gracia y donaire! Creí yo que éramos todos católicos viejos, hombres frágiles sin duda, sin duda pecadores, pero católicos viejos, y católicos por los cuatro costados... Decidme si lo sabéis. ¿Alguno de vosotros, por ventura, cree algo más de lo que le manda creer la Iglesia Católica Apostólica Romana? ¿Cree algo más? Yo no, y si cupiera en lo posible que me dijera la Iglesia mañana: «crece menos,» menos creería. ¿O queréis vosotros más, ó quiero yo más por ventura de lo que quiere la Iglesia Católica, Apostólica Romana? No, ciertamente. Ni creemos más, ni queremos más. Pues si es así, no hay medio: O nosotros somos católicos antiguos, y no *neos*, ó el Papa y los Obispos son, no católicos antiguos, sino *neos*.

*Neos* y traficantes de religión ó en religión, se nos llama todos los días y en diversos tonos. ¡Válgame Dios, por la ridícula, indigna calumnia! Yo no desiendo á contestarla: conteste quien quiera. Paréceme, sin embargo, que el comercio no debe ser muy lucrativo; entiendo que los que hoy defienden los grandes principios que fueron gloria y grandeza de la patria, y la pusieron resplandeciente sobre todas las naciones del mundo, no granjean por ello honores, condecoraciones y riquezas: tengo para mí que cuantos aquí estamos no somos ricos, y que este instituto naciente es bastante pobre... ¡Ah, señores! Si con el revolver de los tiempos llegase día, en que el andar por esas calles con el rostro pálido, los ojos en el suelo, y la mano golpeando el pecho, abriese el camino de los honores y de la riqueza, o los os lojuro, yo no andaría por él: cedería á quien lo quisiera ese infame honor y esa ganancia vergonzosa; no faltaría algún autónomo eminente convertido en devoto fervoroso.

Se nos llama *neos*, y aceptamos el mote irguiendo la cabeza, porque hoy para los católicos sólo hay peligros que arrostrar, no medros que conseguir. Atacados somos por todas partes y no atacados noblemente, sino indignamente. ¿Por qué? Porque hombres frágiles, pero hijos sumisos de la Iglesia, nos arrojan á defenderla contra esos bárbaros que no se han desprendido de los hielos del Norte, sino de las regiones tenebrosas de la duda, para acabar, si tanto pudiesen, con todo lo que creyeron, amaron y adoraron nuestros padres. Eso es, y no otra cosa, lo que fantasean y codician esos salvajes del pensamiento. Insultáenos en buen hora, que nosotros recogeremos el insulto como una gloria. Al llamarnos *neos* nos recuerdan que somos hijos de todos los que han creído en España desde el principio de los tiempos; de los que cayeron en Guadalete y se alzaron en Covadonga; de los que hicieron la jornada inmortal de siete siglos, y tremolaron sobre las torres de Granada las banderas españolas con admiración de las gentes; de los que recorrieron el ámbito del mundo, llenándolo con el ruido de sus glorias; de los que atravesaron el Océano inmenso, solitario, desconocido, y encontraron más allá un mundo nuevo para España y para Dios. Estos son nuestros padres, hijos suyos somos nosotros: lo que ellos creyeron y amaron, viviendo y muriendo, eso hemos de creer y amar nosotros, mientras nos dure la vida: pero los infelices que hoy tan indignamente nos calumnian, ¿de quien son hijos? ¿Sabrán decirme de quién son hijos? Que no busquen sus padres en esta católica tierra. ¡Son extranjeros en España!

Sentimos compasión hacia ellos. Si, compasión; nosotros debemos atorrer los errores; nosotros no podemos aborrecer á los hombres que los profesan. ¡Oh! ¡no! aborrecer nunca; hacer mal, nunca. ¡Oh! ¡no! en nuestro corazón católico no debe entrar ni un deseo de venganza, ni sonar en nuestros labios una palabra de sangre. Recordemos aquellas que Jesucristo pronunció, divinamente divinas: «Amad á vuestros enemigos; haced bien á los que os hacen mal; orad por los que os persiguen y calumnian; para que seáis hijos de vuestro Padre que está en los cie-

una vez se ha-  
stas  
atadas y  
a propia  
utras y

laire: su  
nueve-  
ferral y  
extraño  
formada  
den por  
a de sus  
despre-  
muche-  
enta po-  
lamarias  
nemigos  
razon,  
de todo  
af... Yo  
nar tales  
ntes son  
illos que  
graves,  
el cono-  
neciales,  
angosto  
dias, y  
asas por  
i pudie-  
retrovisi-  
al cora-  
i pensa-  
historia  
mpren-  
e escri-  
ritos" os  
Téngalo  
bre todo  
leido ó  
de neos  
se po-  
de sus  
Y qué  
y tener-

amos de  
regonan  
los que  
rancesa,  
ejército  
glesia de  
niendo á  
geniosis-  
cos, de  
s, segun  
domaire!  
hombres  
atólicos  
Decidme  
ra, cree  
Católica  
y su cu-  
mañana:  
vosotros  
quiere la  
amente-  
así, no  
s, y no  
as anti-

se nos  
álganos  
no des-  
receme,  
y lucra-  
grandes  
etria, y  
raciones  
decora-  
aquí es-  
iente es  
olver de  
esas ca-  
s hono-  
a por él,  
y esa  
no emi-

guiendo  
ay pe-  
Ataca-  
emente,  
es frá-  
rojanos  
an des-  
s regio-  
to pu-  
doraron  
e fan-  
to. Ha-  
emos. Ha-  
os re-  
creido  
de los  
adonga;  
iete si-  
ada las  
tes; de  
dándolo  
aron el  
contra-  
y para  
somos  
endo y  
isotros,  
ue hoy  
on hi-  
ue no  
on ex-

pasion;  
ros no  
ofesan.  
¡Oh!  
ni un  
s una  
Jesu-  
mad á  
hacen  
; para  
s cie-

los, el cual hace salir su sol sobre buenos y malos y  
llueve sobre justos y pecadores.»  
Harto desdichado son, por lo demás, esos hom-  
bres... ¿Y quién sabe qué sería de nosotros, si no se  
no hubiera dado, gracias á Dios, una educación reli-  
giosa; si en vez de libros buenos, esto es, maestros  
buenos, nos hubieran emponzoñado libros malos, esto  
es, maestros malos? ¿Quién sabe si hoy andaríamos  
como ellos, y con ellos, por vías de perdición? Harto  
desdichados son esos hombres, creedme. ¡Pues qué!  
¿Hay desgracia mayor, flaqueza mayor, miseria ma-  
yor que vivir dudando y morir dudando? Un hombre  
que, puestos sus ojos en el cielo, puede decir: yo creo,  
ese hombre por desdichado y débil que parezca, es  
más feliz, es más noble, es más grande que ese hom-  
bre afortunado y poderoso á los ojos del mundo, que  
ha de decir tembando en el fondo de su corazón:  
yo dudo. Gran desdicha, gran miseria, gran flaqueza  
es no creer, y es mayor cuando se avencia la hora  
inevitable... permitid que os lo diga; yo no sé si los  
neos somos muchos, pero sí que en esa hora, en la  
hora de la muerte, estamos en mayoría. ¡Oh! enton-  
ces, al revolver con angustia los ojos apagados para  
despedirnos de cuanto amamos en el mundo, debe ser  
desesperada, horrenda cosa, sentirse inclinados, em-  
pujados á los abismos de la muerte, prontos á caer en  
ellos, y dudando sobre qué se ha de encontrar en su  
fondo... y es gran cosa, digan lo que quieran, y dul-  
císima y consoladora, alzar los ojos en los últimos  
instantes y encontrarse con un Dios crucificado; es  
gran cosa, y sobre todo encarecimiento divino, un  
hombre agonizando en presencia de un Dios que ago-  
nizó por él, y que le espera á la otra parte del sepul-  
cro con los brazos abiertos!!!  
Nuestros enemigos podrán ser á los ojos del mundo  
en extremo felices, mas yo los tengo por grandemente  
desdichados; me inspiran verdaderamente profunda  
compasión. En ocasiones sin embargo, os lo confieso,  
sin ser poderoso á remediarlo, no puedo menos de  
indignarme y de exaltarme, porque no cabe en mí ca-  
beza, parecéme imposible que haya en algunos valor  
tan desvergonzado que se atrevan, ellos que tienen la  
desgracia de no creer, á decir de nosotros, hijos de  
la Iglesia, que somos enemigos de la dignidad del hom-  
bre, y verdugos de la razón y de la ciencia humana.  
Ellos, lo repito, tienen la desgracia de no creer, aun-  
que aparenten lo contrario. Muchos de ellos, es ver-  
dad, os hablarán de Dios, y os hablarán del Evan-  
gelio; preguntados, sin embargo, ¿creéis en Jesucristo  
Dios y en su Iglesia infalible? Si no creéis, os habeis  
quedado sin Dios; si no creyeseis nosotros, no ha-  
bríamos quedado sin Dios. No conocemos, no hemos  
de conocer otro Dios, no hemos de postrarnos ante el  
que adoren los turcos ó adoren los patagones. ¿Creéis  
en Jesucristo Dios? Sois nuestros hermanos en la fe;  
¿no creéis? no tenéis Dios. Y no hay que decirnos  
que existe ó puede existir un Dios, allá en las alturas  
del cielo, que no se cuida de las cosas del mundo,  
porque, francamente, tenemos de él pocas noticias, y  
esas no buenas.  
Los que no creen en Jesucristo, y quedan, por con-  
siguiente, sin Dios, esos no saben, esos no pueden  
saber qué es el hombre, ni de dónde viene el hombre,  
ni á dónde va el hombre; esos tienen, esos por fuerza  
han de tener á la materia por madre, y á la nada por  
fin; esos sin embargo, se atreven á llamarnos á nos-  
otros que sabemos quién es el hombre, y de dónde vie-  
ne, y á dónde va, nada menos que enemigos jurados  
de su dignidad, así como verdugos de la razón y de  
la ciencia. ¡Por Dios, que parece esto imposible! Me  
ditemos, si os place, un momento. Quiero que ima-  
gineis un hombre á la vista del mundo el más gran-  
de, quiero que imagineis otro hombre á la vista del mun-  
do el más miserable, y quiero que me confeséis todos  
que conforme á la doctrina materialista, hasta el más  
grande es miserable, y conforme á la doctrina cató-  
lica hasta el más miserable es nobilísimo y grande.  
¿En quién pensáis en estos momentos? ¿Pensáis  
en Napoleón, en Carlos-Magno, en César, en Alejandro?  
Está bien: fíjase si os parece en este último, que aun  
en la flor de su edad recorrió como un rayo el mun-  
do, y lo dejó tan asombrado como vencido. Sus capi-  
tanes eran Reyes, y á propósito de él se lee en el Li-  
bro Santo esta magnífica frase: *la tierra calló en su  
presencia*; pero á segunda dice, con asombrosa sencillez:  
*y Alejandro murió*. ¿Qué es pues Alejandro? Un  
cadáver; á poco, podredumbre; á poco, no os lo  
diré yo, os lo dirá Bossuet, con la lengua que él sólo  
hablaba: *un... no sé qué que no tiene nombre en  
ninguna lengua*.  
Ahora, considerad, conforme á la doctrina católica,  
al cristiano que os parezca más oscuro, más misero;  
que sea, digámoslo así, el desecho de los hombres, y  
su irrisión y su escarnio. Ese cristiano abre el gran  
Libro, el divino, inmenso poema que comienza con  
una palabra de Dios: *hágase la luz*, y después de pa-  
sar por el Calvario, termina en el séptimo cielo. Ese  
libro y lee: «Enoc, que fué hijo de Sem, que fué  
hijo de Adam, que fué hijo de Dios...» ¡Oh, Dios  
mío! De un salto, digámoslo así, os encontráis en la  
eternidad. Ese cristiano oscuro es nada menos que  
hijo de Dios. Por el Jesucristo-Dios ha derramado su  
sangre: mucho vale, pues todo un Dios ha derramado  
su sangre por él. Por desdichadísimo que sea en el  
mundo puede tenerse por feliz; porque al cabo la vida  
es un instante, y la eternidad es... la eternidad; y  
Jesucristo, su modelo divino, nació en un pesebre y  
llevaba al morir una corona de espinas... ¡Cuán  
grande es, pues, conforme á nuestra doctrina hasta  
el más misero, y cuán misero según la doctrina ma-  
terialista hasta el más grande, ¡llámese Alejandro ó  
César, Napoleón ó Carlos-Magno!

Leyendo el Evangelio (que no leemos bastante) os  
habéis fijado alguna vez en un pasaje ó trozo de él,  
que ni los mismos ángeles son dignos de admirar. Ha-  
bía Jesucristo del último tremendo día, en que el juez  
incorrupible descendió del cielo en pompa y majes-  
tad á juzgar á los hombres. Dirá á los que estén á su  
derecha: «Venid, benditos de mi Padre... porque  
túve hambre y me disteis de comer, túve sed y me  
disteis de beber...» Dirán los escogidos: «Señor,  
¿cuándo os vimos que tuvieseis hambre y os dimos de  
comer, y tuvieseis sed y os dimos de beber?..» Con-  
testará el Rey, esto es, Jesucristo: «En verdad, en  
verdad os digo que en cuanto lo hicisteis con uno de  
estos mis hermanos pequeños, á mí lo hicisteis...»  
Ahora bien: si Jesucristo (suposición sacrilega) no  
fuese Dios, si sólo fuese un hombre ilustre, el Sócrates  
de los judíos, las palabras que acabo de recordaros  
serían bellas, sin duda, pero, al fin, no serían más  
que palabras; pero si Jesucristo, como nosotros firme-  
mente creemos, es Dios, y Dios que ha de juzgarnos,  
pasamos al considerar la nobleza del hombre, porque

él ha dicho que el pan que dieseis ó el vaso de agua  
al más pequeño, lo dabais á él mismo que es Dios,  
y que él os lo tomaría en cuenta, y que él lo pagaría  
con una eternidad de gloria. De modo que, según  
nuestra doctrina, que proclama á Jesucristo-Dios, el  
Dios del cielo está, digámoslo así, especialmente en  
los pobres, en los débiles, en los pequeños del mun-  
do. Ved, pues, si rebajamos nosotros la dignidad hu-  
mana, ó si realzamos y defendemos su majestad y  
grandeza.  
También, á creer el mundo á nuestros adversarios,  
nos había de tener por aborrecedores de la luz y ene-  
migos de la ciencia. ¡Válgame Dios! ¡Dios los perdo-  
ne! Pero ellos... ¿qué saben?... No ríais, señores.  
Pregunto de nuevo. ¿Qué saben esos sábios? Pues si  
no saben quién es Dios, ni qué es el hombre, ni de  
dónde viene, ni á dónde va; si ignoran lo más impor-  
tante, y estaba por decir, lo único importante, ¿sa-  
breis decirme lo que saben, ó podréis contradecirme  
si les llamo ignorantes?... ¡Ah! el espíritu que ahora  
les pierde, perdió á nuestros primeros padres, dicién-  
doles: *seréis como dioses*: dioses quieren ser esos dis-  
cípulos deslumbrados de Krause; pero no tienen pre-  
sente la historia de aquel gran Rey que quiso ser Dios,  
y convertirse en bestia.  
Sabemos que el hombre cayó por su soberbia de su  
primitiva perfección y nobleza; y cierto que el mis-  
terio de esa caída explica sólo los misterios del hom-  
bre y del mundo. Merced á la culpa original, quedó el  
hijo de Dios como Rey degradado, pero como Rey  
que lleva todavía en su frente la señal de la corona.  
Reconocemos las excelencias de la razón del hom-  
bre, aunque no ignoramos que está enferma: el hom-  
bre es grande porque piensa; más grande que el universo,  
según dijo de una manera sublime Blas Pascal; y lo es,  
porque si el universo le aplastase no sabría que lo ma-  
ta; y el hombre sabría que moría á causa de él.  
La razón humana, pues, que se inclina delante de  
Dios es cosa divina: la razón que desdén á Dios es  
cosa miserable: la razón iluminada por la fe se llama  
Santo Tomás de Aquino: la razón enemiga de la fe se  
llama Federico Krause.  
Esos que nos suponen enemigos de la ciencia, han  
olvidado la historia; han olvidado que la Iglesia cató-  
lica ha sido en todos tiempos su ilustre y santa  
protectora. Pero, ¿qué mucho que olviden la historia  
si no sospechan que ellos son, y ellos sólo, sus mor-  
tales enemigos? A estar en su mano suprimirían veín-  
te siglos; les suprimen en cierto modo, negando las  
verdades reveladas con que Dios ha alumbrado al  
mundo, y pugnando por volverle á las antiguas tie-  
neblas. Ellos son los que retrocediendo, de un salto in-  
menso se encuentran entre los gárgulos sofistas de la  
Grecia, y sus disputas eternas, y sus errores delirantes  
sobre los dioses, sobre la materia, sobre el alma.  
A esos tiempos de confusión y tieñieblas quieren ha-  
cer retroceder al género humano... Llamémosles *re-  
trogrados*. ¡Ah, retrogrados! ¿y es ese vuestro pro-  
greso?

Por lo demás, parecéme donosísimo y peregrino,  
que algunos de nuestros grandes hombres en minia-  
tura, den á entender que la fe les estorba y como les  
encadena, y que hay necesidad de romper sus lazos  
para volar y descubrir tesoros de ciencia no conoci-  
da. Si no nos encontráramos aquí como en familia; si  
esto que os hablo no fuese á manera de conversación  
intima, como puede tenerse entre amigos, como debe  
tenerse entre hermanos; si tuviese las proporciones  
de un discurso; si teniéndoos, pudiera usar yo de una  
figura retórica, de seguro exclamaría: «¡Apareced  
vosotros que habeis sido lumbreras del mundo, princi-  
pales de la humana inteligencia; los mas sábios en la cien-  
cia de Dios, los más entendidos en las ciencias de los  
hombres; y vosotros también los que habeis cantado  
con líras de oro los sentimientos heroicos del hombre,  
y las bellezas de la creación; y vosotros también los  
que las habeis hermosamente trasladado al lienzo mun-  
do con mágicos pinceles: apareced, géneos inmortales,  
de cuya frente brota un rayo de luz que reunidos for-  
man la aureola de la humanidad: vosotros que os ha-  
llamásteis en el mundo San Agustín, Santo Tomás, Dan-  
te, Miguel Angel, Galileo, Descartes, Bossuet, Racine,  
Calderón, Cervantes, Luis Vives, Rivera, Murillo;  
apareced, géneos inmortales, y desde las alturas de  
vuestra gloria inclinados por ver si conseguís divisar á  
esos pigmeos que dicen que no pueden ser hombres  
grandes, si creen lo que creáis vosotros: si adoran  
lo que vosotros adoráis!!!»  
¡Ah! ¿Quién impide á esos señores en España que  
sean Murillo, Rivera, Luis Vives ó Calderón de la Bar-  
ca? ¿Quién les impide que vuelen hasta ponerse sobre  
las estrellas? ¡Ah! no les falta espacio para volar: lo  
que les falta son alas...  
Digo con verdad que no puede llevarse pacien-  
temente que esos que quizá no acertarán á escribir una  
página que pueda sellar el génio para que la reciba la  
posteridad, apoden á los que llaman menos de oscuran-  
tistas y de enemigos de la ciencia, cuando acaban de  
pasar por entre ellos mismos derramando torrentes  
de luz Jaime Balmes y Donoso Cortés...  
Ya lo sabéis. Enemigos sois de la dignidad huma-  
na, enemigos de la ciencia; no os ha de pasar que  
nos llamen también enemigos de la libertad. ¿Y saben  
esos señores lo que es libertad? Pues si menospre-  
cians nuestra fe, si reputan á Jesucristo simple mortal,  
aunque ilustre, si han quedado sin Dios, ó cuando  
más se están disponiendo ahora para adorar al Dios  
que les encuentre Federico Krause, ¿sobre qué bases  
podrán fundar la moral, el derecho, la libertad? Por-  
que si no hay Dios, es cosa evidente que Hobbes tiene  
razón: «el derecho es la fuerza;» que Bentham tiene  
razón: «el interés es la moral.»  
Nosotros, los que creemos que el hombre es hijo  
de Dios, hemos de amar lo que sea y cuanto sea libe-  
tad verdadera. No gustamos, cierto, de la moneda  
falsa; estamos por la legítima. Y ¿cómo sería posible  
que el más desdichado de nosotros, al pensar que ha  
sido redimido con la sangre de Jesucristo, y que debe  
valer mucho, pues que en tanto le ha apreciado Dios,  
imagine que ha podido venir al mundo para lamer los  
pies de un despota, ó adular servilmente las iras de  
un populacho? Hijos los cristianos de un gran padre,  
y de raza nobilísima, saben incomparablemente más  
de derecho, de justicia y de libertad, que los racional-  
istas modernos ó los filósofos paganos. Cicerón decía  
que los hombres serían libres cuando fuesen esclavos  
de la ley; nosotros decimos y pedimos más; que las  
leyes humanas se modelen, digámoslo así, por la ley  
divina, que sancionen y defiendan los derechos verda-  
deros que Dios ha concedido á los hombres.  
Conforme á la doctrina católica, ha de haber libe-  
tad en el mundo; imposible conforme á la doctrina  
materialista. ¿Concebís vosotros libertad ó libertades  
que no nazcan, como de su raíz, de la que llamaremos,

si os parece, libertad moral? ¿Pueden los incrédulos  
ofrecer al hombre un Dios ó una eternidad para que  
el hombre, por amor y por temor, reluche con sus  
pasiones, y dominadas éstas y puestas en silencio,  
pueda vivir libremente y perfeccionarse conforme á  
las miras divinas? ¿Pueden hacerlo? Claro es que no.  
¿Podemos hacerlo nosotros? Claro es que sí.  
Un incrédulo no puede ser libre: no manda en él  
la parte principal, la mejor de su ser, la razón; man-  
dan en él las pasiones desapoderadas; mandan la am-  
bición, la lujuria, la codicia. Imaginad una sociedad  
de verdaderos cristianos. ¿Podeis concebir ni Repú-  
blica más libre ni más libre ciudadana? Imaginad  
una sociedad de descreídos. ¿Qué sociedad, Dios mío,  
si es que puede llamarse sociedad la discordia perpé-  
tua y la guerra inasaciable!  
No descendo á tratar de formas políticas: hablo  
sólo de lo que es esencial, no de lo que es accidental.  
Las formas no son más que accidentes que nacen de  
circunstancias especiales, y cambian y se transforman  
con el revolver de los tiempos; son, permitid que lo  
diga, como las vestiduras ó adornos de la nación. Hay  
otra cosa que es como su espíritu y su vida: en toda  
sociedad en que haya temor de Dios y amor al prójimo,  
habrá de seguro buen Gobierno y podrán vivir libre  
y dignamente los hombres; en toda sociedad en  
que falte el temor de Dios y el amor al prójimo, á pe-  
sar de las formas de Gobierno que imagineis más per-  
fectas, reinará siempre la fuerza de uno ó la fuerza  
de muchos, habrá siempre confusión, siempre opresores  
y oprimidos. En una palabra: en la sociedad donde  
está Dios, allí están con él la paz, y la luz, y la  
bienandanza, y la libertad; en la sociedad de que se  
ausenta Dios, allí se lanzan á tomar posesión turbu-  
lenta las pasiones desenfrenadas de los hombres.  
Los filósofos modernos, esos que saben hablar una  
lengua que nadie entiende, se morirán sin duda de  
lo que afirmo; dirán que era cosa muy vulgar... yo  
lo creo; tienen razón: no hay nada más vulgar que  
las grandes verdades.  
Esta es nuestra doctrina; esta es la doctrina de la  
Iglesia nuestra Madre. ¿No lo saben nuestros adver-  
sarios? ¿Por escrito, de palabra, no lo hemos dicho  
mil veces? ¿Por que, pues, nos atribuyen doctrinas,  
deseos, aspiraciones que ni profesamos ni sentimos?  
¿Por qué esa cruzada contra la verdad, ese sistemá-  
tico faltar á ella, esas sombras, esas tieñieblas, con que  
no parece sino que se trata de envolver, confundir y  
entourer á los hombres? La verdad es el sol del  
mundo moral; cuando ese sol vuelve á resplandecer  
en nuestro cielo, entonces nosotros... ¡Ah! nosotros  
no, que probablemente no viviremos; pero nuestros  
hijos ó nuestros nietos, fijando la consideración en  
las confusiones y ceguedades de la época presente,  
han de mirarse asombrados, atónitos, y han de decir:  
«En España en aquel tiempo, sin duda se perdió el  
seso, se perdió hasta el sentido común.» Porque ha-  
blando con verdad, ¿no ha de parecerles incompre-  
hensible que hombres que se precian de amantes del  
pueblo, de amantes de los pequeños, nos tachen de ene-  
migos de la dignidad humana, á nosotros, que levan-  
tamos al hombre hasta el cielo, que más alto no es  
posible subirlo? ¿No es incompreensible que esos ta-  
les, por rubor al menos, no se inclinen con respeto  
ante la Iglesia católica que aún humanamente consi-  
derada es la más grande y sublime institución que  
han visto los siglos, y la más favorable y benéfica  
para los pobres y para los pequeños?... ¿Quién es el  
primer Pontífice? Es un judío oscuro, un ignorante  
pescador que con el báculo en la mano se dirige á  
conquistar á la Roma de los Césares, á derribar de  
su altar á los dioses, á anunciar al universo que todos  
los hombres somos hermanos, y que está nuestro Pa-  
dre en los Cielos. Hijo, como ahora se dice, del  
pueblo, fué el primer Pontífice; y ¿quién en la suce-  
sión de los tiempos se ha elevado á la cátedra de San  
Pedro, el primer trono del mundo? ¿Acaso á los po-  
derosos de él, á los hijos de los Reyes? ¡Ah! no; por  
lo común á los hijos de los pobres: hasta el hijo de  
un porquerizo ha subido á ese trono, que cubre con  
sus alas el Espíritu Santo. Testimonio es este que se  
da á las gentes de que la virtud y la ciencia unidas,  
deben estar por encima del oro y de las espadas; y  
sin embargo, los que se llaman hoy amigos del  
pueblo, no se arrojan y no se golpean el pecho al  
pensar que el representante augusto de todos los  
pobres y débiles va delante de todos los fuertes, de  
todos los poderosos del mundo; pero va delante;  
porque es también el Vicario de Jesucristo sobre la  
tierra.  
En estos momentos la imagen dulce y amable del  
sucesor de San Pedro se presenta á mis ojos: quiero  
decirlos para concluir el discurso, algunas palabras  
acerca del anciano venerable, del Rey bueno, del Sa-  
cerdote santo que hoy, por el querer de Dios se sienta  
en la cátedra incommovible del pescador de Galilea.  
¡Ah! vosotros lo habeis visto, y llenos de admiración  
habeis levantado los ojos al Cielo. Los grandes de la  
tierra han temblado en sus tronos; todo ha vacilado  
en torno de él; y él, débil, inerme anciano, ha per-  
manecido tranquilo. Há pocos años (quiero recordarlo  
ahora) dióse un espectáculo al mundo que el mundo  
no comprendió, y que debió llenar de alegría y de  
asombro á los Angeles, en lo más alto de los Cielos.  
La revolución desenfundada rugía en derredor de  
Roma, las espadas de los fuertes se alzaban sobre la  
cabeza del Santo Rey, y él, sereno, apoyado en el se-  
pulcro de los Apóstoles, rodeado de los Obispos de la  
Iglesia católica, anciano entre ancianos, débil entre  
débiles, delante de un mundo entregado al racional-  
ismo y á la concupiscencia, declaraba, poseedor de  
los secretos divinos, que la Virgen y Madre de Dios  
fué desde el primer instante de su concepción, purí-  
sima é immaculada; y declaraba delante de los que la  
revolución llama héroes, y era á cara de poderosos á  
cuyo mover de su frente se levanta un millón de ar-  
maduras, que los hombres verdaderamente grandes  
eran unos pobres misioneros que en apartadas eni-  
guas regiones habían derramado oscuramente su  
sangre para llevar la luz de Jesucristo á bárbaros  
entados en tieñieblas de muerte: y que esos pobres  
misioneros debían estar sobre los altares, porque  
fueron santos, y arrodillarse á sus pies los llamados  
grandes del mundo, aunque se creyesen omnipoten-  
tes.  
Dije antes que nosotros no comprendimos bien la  
grandeza de ese espectáculo; pero mirado desde el si-  
glo futuro, nuestros hijos se arrodillarán para con-  
templarlo y para bendecirlo...  
Hoy es ya de poner punto á este discurso. Os he  
hablado de Pío IX, y no sé ya qué decirnos... ¡Ah! sí,  
sí, os diré que ahora que parece casi destronado es  
doblemente mi Rey, que ahora que la Iglesia Católica  
está molida y perseguida debemos nosotros amarla,

si cabe, más, y respetarla, como se ama y respeta más  
á una madre noble y buena, cuando es menos afortu-  
nada. Permittedme, señores, que me despida de voso-  
tros, no con las pobres palabras mías, sino con las  
grandes palabras del inmortal Bossuet: os ruego que las  
grabeis fielmente en la memoria, os ruego y conjuro  
para que nunca os avergonzeis de repetir las en tiem-  
pos tranquilos, y sobre todo, en tiempos turbados,  
delante de amigos, y sobre todo, delante de enemigos:  
«¿Cuán grande es la Iglesia romana, que contiene to-  
das las iglesias, que lleva la carga de todos los que su-  
fren, que mantiene la unidad, confirma la fe, ata y  
desata á los pecadores, abre y cierra las puertas del  
Cielo! ¿Cuán grande es, repito, cuando llena de la au-  
toridad de San Pedro, de todos los Apóstoles, de los  
Concilios todos, ejecuta con tanta fuerza como dis-  
creción sus saludables decretos! Santa Iglesia romana,  
madre de todas las iglesias y de todos los fieles, Igle-  
sia escogida de Dios para unir á sus hijos en la misma  
fe y la misma caridad, nosotros estaremos siempre  
asidos á la unidad de lo íntimo de nuestras entrañas.  
Si yo te olvidare, Iglesia romana, olvideme á mí mis-  
mo; séquese mi lengua y quede como inmóvil en mi  
boca, si no eres tú siempre la primera en mi memo-  
ria, y no te pongo al principio de mis cantares de re-  
gocio.»—He dicho.  
Antes de marcharse la Reina Cristina remitió al  
gobierno de la provincia todas las solicitudes de li-  
mosnas que le habían sido dirigidas durante su perma-  
nencia en Madrid, y tres mil duros para que el go-  
bernador los distribuyese entre los peticionarios.  
En esto se está ocupando actualmente el Sr. Gu-  
tierrez de la Vega.  
Segun noticias de *La Correspondencia*, muy  
pronto regresará á esta corte el Infante D. Enrique,  
por haberse trasladado el cuartel de las islas Canarias  
á Madrid.  
Dos enmiendas parece que hay presentadas en el  
Senado al proyecto de respuesta; la una relativa á la  
política interior, y la otra á la política exterior.  
Dice *El Reino*:  
«El Consejo de ministros ha desechado, según se  
dice, la candidatura del Sr. Botella, para representar  
la política ministerial en una de las secciones. El se-  
ñor Botella, representante del Sr. Gonzalez Brabo,  
ha sido derrotado en el Consejo de ministros después  
de haberlo sido en la elección de secretarios del Con-  
greso. Es una bella situación.»  
Parece que un hermano del ministro de Estado va  
de gobernador á Córdoba, y el Sr. Balboa, que lo es  
de Málaga, es trasladado á Sevilla.  
Ha sido nombrado fiscal especial de Hacienda de la  
Audencia de Madrid, el Sr. D. Elias Bautista Muñoz.  
Segun *La Correspondencia*, por el ministerio de la  
Gobernación se disponen varias medidas encaminadas  
á evitar en lo posible la excesiva emigración de los ha-  
bitantes de las provincias del Norte á las Antillas.  
El Sr. Gonzalez Brabo le aconseja quedarse, y le  
asegura que por acá en dos salos se es ministro, y o-  
ficio de menos quebras que el de comerciante, y para  
lograr el cual no hay ni que exponerse al mareo, ni á  
las damas contingencias de pasar el charco.  
Si sus consejos son escuchados, en adelante las  
crisis no serán tan laboriosas como hoy.  
Segun *Las Noticias*, el ministerio está decidido á  
probar que sus individuos son las autoridades más  
dignas del partido moderado.  
Esta noticia no debía haberla dado *Las Idem* al  
público, sino habérsela mandado bajo un sobre al  
presidente del Congreso, para que la utilizase en su  
primer discurso.  
Dícese que el miércoles celebrarán una reunión los  
progresistas constitucionales (cero y van mil), con  
objeto de discutir si, dada la gran promoción hecha  
últimamente en el Senado, pueden aceptar la legiti-  
dad existente, por lo difícil, si no imposible, que les  
sería obtener nunca mayoría en el Senado.  
La desavenencia que con este motivo ha surgido  
entre los individuos de dicha fracción, parece ser  
grave, pues al paso que el Sr. Corradi y algún otro  
individuo de los agraciados se inclinan á la tolerancia,  
el Sr. Laserna y otros creen imposible aceptar la  
Constitución del 45, dada la última promoción.  
**ULTIMA HORA.**  
**TELEGRAMAS.**  
(Servicio particular del PENSAMIENTO ESPAÑOL).  
PARIS, 10.  
*El Monitor*, en su número de hoy, publica  
una breve Memoria de Fould sobre la situación  
financiera del Imperio.  
El descubrimiento ha sido en el año de 1865, in-  
ferior al de 1864, pero es muy probable que  
dicho descubrimiento habrá desaparecido á fin del  
ejercicio de 1865 por el balance de los presu-  
puestos.  
El presupuesto de guerra ha sido reducido de  
44 millones de francos. De esta cantidad los 18  
millones procedentes del presupuesto de 1865,  
han sido transferidos al de 1866.  
La reducción que ha sido posible hacer, desde  
hago tomará mayores proporciones en un por-  
venir poco lejano, si, como todo lo hace esperar,  
los gastos extraordinarios de guerra y de ma-  
rina, disminuyen en una proporción notable.  
Los apuros monetarios y los otros resultados  
de la crisis desaparecen y la situación se pre-  
senta bajo un aspecto favorable para el desar-  
rollo de los negocios mercantiles.  
El *Monitor* publica también hoy un decreto  
Imperial diciendo que, conforme á la solicitud  
presentada por los comerciantes y por el Banco  
de Francia, se establece un consejo superior  
compuesto de comerciantes y presidido por el  
señor ministro de Estado, cuya misión será la  
de abrir un informe y redactar una Memoria  
sobre la crisis y sobre el conjunto de los prin-  
cípios admitidos sobre la circulación del nume-  
rario en Francia.  
En la Bolsa de hoy se han cotizado los valores á los  
precios siguientes:  
Títulos del 3 por 100 consolidado s. c. 46-35 publ.  
Títulos del 3 por 100 diferido c. c. 42-00 publicado  
Deuda del personal, 22-50 no publicado.  
Obligaciones del Estado para subvención de ferro-  
carriles, sin cupón s. c. 82-00 publicado.  
Acciones del Banco de España, 472-00 no pub.

## PARTE RELIGIOSA.

SANTOS DE HOY. San Guillermo, Obispo, San  
Nicanor y San Gonzalo de Amarante.  
SANTOS DE MAÑANA. San Higinio Papa, y San  
Teodosio, mártir.  
CULTOS RELIGIOSOS  
Se gana el Jubileo de Cuarenta Horas en la iglesia  
parroquial de San Martín, donde continúa el setena-  
rio de la Virgen del Destierro: á las diez será la  
Misa mayor con sermón, que predicará D. Ambrosio  
de los Infantes, y por la tarde en los ejercicios dirá el  
sermón D. Basilio Sanchez Grande.  
En las Descalzas Reales se celebrará el culto men-  
sual á la Virgen del Milagro, estando S. D. M. de ma-  
nifiesto por mañana y tarde.  
Por la noche predicará en Santiago el Sr. Sanchez  
Grande; en San Ignacio, D. Ciraco Cruz, y en la bó-  
veda de San Ginés, un capellán penitenciario de la  
misma.  
VISTA DE LA CÔRTE DE MARÍA. Nuestra Señora del  
Milagro en las Descalzas Reales, 6 la de la Fuencisla  
en Santiago.  
Se reza de la infraoctava de la Epifanía con rito  
semi-doble y color blanco.  
**PARTE OFICIAL DE LA GACETA.**  
PRESIDENCIA DEL CONSEJO DE MINISTROS.  
S. M. la Reina nuestra Señora (Q. D. G.) y  
su augusta Real familia, continúan en esta  
corte sin novedad en su importante salud.  
REAL DECRETO.  
Vengo en mandar que el nombramiento de senador  
del reino hecho en favor de D. Tomás Retortillo por  
Real decreto de 30 de Diciembre último, se entienda  
conforme al párrafo cuarto del artículo 15 de la Consti-  
tución.  
Dado en Palacio á ocho de Enero de mil ochocientos  
sesenta y cinco.—Está rubricado de la Real mano.—  
El presidente del Consejo de ministros, Ramon María  
Narvaez.  
**CORTES.**  
**CONGRESO.**  
PRESIDENCIA DEL SEÑOR CORTES.  
Sesión celebrada el día 9 de Febrero de 1865.  
Abierta á las dos de la tarde, se leyó y fué aproba-  
da el acta de la anterior.  
El Sr. MAYANS manifestó haber prestado juramen-  
to en la sesión del jueves, y pidió que constara así en el  
*Diario de las Sesiones*, lo cual se acordó.  
Pasaron á la comisión de asientos varios documentos  
sobre las de los distritos de Misericordia (Zaragoza),  
Llanes y la Palma.  
El Sr. FONTAN reclamó que su nombre estaba  
equivocado en el *Diario*, y pidió se evitara en lo su-  
cesivo.  
El Sr. POSADA HERRERA: Pido la palabra.  
El Sr. PRESIDENTE: La tiene V. S.  
El Sr. POSADA HERRERA: Es para rogar al Go-  
bierno de S. M. que se sirva remitir todos los docu-  
mentos relativos á la anexión de Santo Domingo, pues  
si ha creído hacer un favor no presentándolos á los  
ministros de aquella época, yo creo que con esa omi-  
sión, lejos de favorecerlos, los perjudica.  
El Sr. PRESIDENTE: Se pondrá la pregunta de su  
señoría en conocimiento del Gobierno de S. M.  
El Sr. ALZUGARAY presentó una exposición de va-  
rios electores relativa al acta de Tolosa, que pasó á la  
comisión.  
El Sr. MODET: Pido la palabra para dirigir una  
pregunta al señor ministro de la Gobernación; pero  
no hallándose presente, deseo que se me conserve mi  
derecho para cuando lo esté.  
El Sr. PRESIDENTE: Se le conservará á V. S.  
El Sr. SUAREZ INCLAN: Circulan rumores, hasta  
alarmantes, entre los hombres de negocios, de que la  
Caja de depósitos y la dirección general de la Deuda,  
han dejado de satisfacer los intereses de la deuda in-  
terior en los plazos ordinarios, cosa que no ha suce-  
dido hace algunos años. En la dirección de la Deuda se  
hacen señalamientos de tres, cuatro y cinco meses  
para hacer el pago de los cupones, y me consta que á  
un imponente en la Caja de depósitos se le ha señala-  
do el 10 de Febrero para recibir los cupones de sus  
títulos. Esto es gravísimo, volvemos á tiempos cala-  
mitosos...  
El Sr. PRESIDENTE: Ruego á V. S. que se limite  
á la pregunta.  
El Sr. SUAREZ INCLAN: La pregunta es si el  
Gobierno ha dictado medidas eficaces para remediar  
este mal.  
El señor PRESIDENTE: Se pondrá en conocimiento  
del Gobierno de S. M.  
Juraron y tomaron asiento los Sres. Fagés, Medial-  
dea y Caramés.  
**ORDEN DEL DIA.**  
Se aprobaron sin discusión los dictámenes de la co-  
misión admitiendo como diputados á los Sres. Illas y  
Gisbert.  
**Acta de Infantes.**  
Se leyó el dictamen proponiendo la aprobación del  
acta de Infantes y admisión del Sr. Garcia Gutierrez,  
y dijo  
El Sr. GARCIA GUTIERREZ: Señores: cualquiera  
extrañaría que el diputado cuya admisión propone la  
comisión, pida la palabra; pero sin embargo, yo no  
puedo menos de decir algo sobre las coacciones é ile-  
galidades que el Gobierno y las autoridades locales  
han ejercido en este distrito, porque no puede satis-  
facerme que se proponga mi admisión, sobre todo des-  
pués que el acta ha sido declarada grave, sino que es  
preciso que el Congreso proponga que se mande pro-  
ceder contra quien resulte reo de esos abusos.  
En Infantes, señores, han ocurrido hechos que  
prueban que el Gobierno, ó á lo menos el señor mi-  
nistro de la Gobernación, han tomado una parte activa  
en las elecciones. Luchaba yo allí, señores, como can-  
didato independiente contra el Sr. Nacario Bravo,  
director general de Beneficencia, primo del señor  
ministro del ramo, y uno de los directores de las ele-  
cciones del reino. Esto basta para que se comprenda  
que no se omitió medio alguno para hacer que triun-  
fara su candidatura. Afortunadamente el distrito de  
Infantes es muy indecendiente, y á pesar de las me-  
didas generales adoptadas y de una división de secciones  
contraria á la ley, que previene que estas se hagan  
para comodidad de los electores, ha hecho uso libe-  
rrimamente de su derecho; pero esto manifiesta que  
en vez de hacerse verdad electoral, el señor ministro  
ha hecho mentira electoral para favorecer á sus pa-  
rientes.  
Porque no bastaba preparar una falsedad en la sec-  
ción de Solana, y se añadían todas esas medidas, se  
nombraban alcaldes que ostentaban sus nombramien-  
tos en los días de elección, y se impedía que votaran  
mis electores la mesa definitiva, falsificando además  
la elección, según confesión del mismo alcalde que  
presidía la mesa.  
Pero hay más, según una carta que tengo en la ma-  
no de una persona influyente en el distrito; allí habian  
venido al Gobierno, porque aparecían en mi favor  
todos los votos que me habian dado. Estos hechos  
dieron margen á una protesta; pero á pesar de todo,  
yo tuve una mayoría de 44 votos, y el acta vino al  
Congreso sin que yo ni nadie pudiera creer que se  
calificara de grave; pero así ha sucedido, porque el  
señor Nacario presentó ciertos documentos en que  
se hace constar que habia habido violencias y false-  
dades.  
El Congreso ve, pues, que la única gravedad que  
puede tener el acta depende de esas falsedades, y no  
afecta en nada al resultado de la elección. Creo, pues,  
que el dictamen de la comisión está incompleto, y  
que debe adicionarse con el aditamento de que se  
saque un tanto de culpa contra las personas que las han  
cometido.

El Sr. CARDENAL: Señores, es efectivamente extraño ver a un candidato combatiendo el dictamen en que se propone su admisión, y mucho más cuando la imparcialidad de la comisión que le ha firmado es tanta, que ha prescindido, para darle, de esas circunstancias referidas por el Sr. García Gutiérrez acerca del Sr. Nacarino Bravo, y ha propuesto la admisión de su señoría.

Si nosotros hubiéramos sido parciales, ¿no cree S. S. que hubiéramos tenido medidas para impedirle sentarse aquí? Esto hubiera sido injusto, indigne; pero era posible, ¿no hubiera sido fácil a la comisión tener mucho tiempo a S. S. paseándose con el acta debajo del brazo por los pasillos del Congreso?

¿Quería S. S. que nos hubiéramos interpretado de las pasiones de la codicia? Pues eso era imposible; la comisión no puede ser instrumento de esas pasiones. S. S. pide que encausemos a todos los que han tenido en frente, y eso puede hacerse sin muchas más pruebas de las que arroja de sí el acta.

Yo no entré en los detalles que ha entrado S. S., porque no los conozco todos; pero sé lo bastante de la elección para haber puesto mi firma en el dictamen de la comisión, que no creo que de ningún modo pudiera haber llevado ese aditamento que S. S. quiere. Si tan claras son esas trasgresiones de la ley, ¿por qué no ejercita S. S. la acción que tiene contra ellas? S. S. puede hacerlo perfectamente; la comisión debe echar el peso de su opinión sobre los tribunales si ese caso ocurre, y por consiguiente pido al Congreso que se sirva aprobar el dictamen tal como se ha presentado.

El Sr. GARCÍA GUTIERREZ: Señores, yo no sé quién se habrá expresado con más color, si el interesado que soy yo, o el individuo de la comisión señor Cardenal. Yo no he atacado a la comisión, y el señor Cardenal la ha defendido, no sé si porque tema algo de S. S. mismo, porque yo no he calificado su dictamen de injusto; le dije únicamente que era incompleto, y esto es cierto.

Que me he hecho eco de la pasión de partido; ¿y que ha sido el señor ministro de la Gobernación al nombrar alcaides, destituir empleados, crear secciones contra la ley, etc., etc.? ¿Era eco S. S. de la justicia o de la parcialidad de su pariente?

Me pregunta el Sr. Cardenal que dónde están las pruebas de esas ilegalidades; pues están en los mismos documentos que ha traído mi contrincante, que no sabe lo que ha traído; y en cuanto a que yo use mi derecho, ya lo he usado, y estamos encausando a todos los que han cometido ilegalidades, menos al señor ministro de la Gobernación, con el que no nos atrevemos. Pero esto no basta; es preciso que el mismo Congreso diga que há lugar a la formación de causa, para que se vea que si hay ministros y subordinados suyos que cometen ilegalidades, hay también un día de reparación y de castigo.

En cuanto a que la comisión ha sido imparcial, lo creo; pero en esto no me ha hecho ningún favor, sino sólo justicia; y en cuanto a que me podían tener una porción de días paseándose con el acta debajo del brazo, me importaba muy poco, como lo demuestra el no haber gestionado nada para que se diera el dictamen antes de después.

El Sr. CARDENAL: Yo habría cometido una gran inconveniencia si hubiera venido a S. S. como un favor el haber despatchado esta acta; lo que he dicho es que si faltó a nuestro deber, podíamos haber tenido menos celo y haber perjudicado con el Sr. García Gutiérrez.

En cuanto a que el dictamen no es justo, sino incompleto, yo le diré a S. S. que tanto se falta a la justicia omitiendo lo que es justo, como por otros motivos, y la comisión no encontraba justo que se encausara a esos electores.

La división de secciones está hecha dentro del plazo legal, y por consiguiente no hay por qué censurarla.

El señor ministro de la GOBERNACIÓN: Lo principal de lo que tenía que decir en contestación al señor García Gutiérrez, lo he dicho el Sr. Cardenal, añadiré sólo que yo, desde que empecé la comisión a funcionar, no le he dirigido una sola palabra de recomendación oficial ni extraordinaria para que se resolvieran las cuestiones de actas; estas han venido aquí sin que yo las viera, y sólo he aprobado las que aprobaba la comisión.

Si algo he hecho, ha sido por el acta del Sr. García Gutiérrez; creyendo la comisión que el acta era grave y algunos de sus individuos que tal vez fuera lugar a algo más, yo le desentendí que se declarase leve para que S. S. tomara cuanto antes asiento en este sitio. Si he sido, pues, algo parcial, lo he sido en favor de S. S.

En cuanto a lo demás, por lo que a mí toca, todo lo hecho en el distrito se ha hecho con arreglo a la ley, tanto en la división de secciones que se me pidió y contra la cual no se había reclamado, como en el nombramiento de alcaides, para el cual está facultado el Gobierno desde que aprueba las actas de las elecciones municipales. Ya dije el otro día que el hecho general de que los alcaides se habían nombrado para las elecciones no era cierto, y que si había algún gobernador que hubiera hecho alguno, yo no podía reprehenderlo, porque lo había hecho con arreglo a la ley. Si S. S. dice que se ha hecho mal uso de esos nombramientos, S. S. no debe decirlo, sino probarlo.

Por lo demás, tengo que hacerme cargo de algunas palabras que ha dicho S. S. El Sr. García Gutiérrez ha dicho que se persiguiera ante la ley a las personas que hayan delinquido. El derecho de S. S. es hacerlo así; pero como pudiera acontecer que esto que dice S. S. se tuviera entendido en alguna parte como una amenaza, yo diré que si S. S. cuida de eso, a su vez el Gobierno cuidará de que no se haga más que el caso debido de ese género de gestiones. Así habrá compensación y las personas interesadas podrán estar seguras de que no habrá pasión y que la justicia será una.

No quiero entrar en otro género de consideración sobre las relaciones que me ligan con el candidato vencido; si no le he sido imparcial, no ha sido voluntariamente, porque he hecho lo que he estado en no preguntar siquiera el estado de esa acta. Y con esto he hecho bastante para contestar a las alusiones del señor García Gutiérrez.

El Sr. CARDENAL: No necesita el señor ministro que yo le levante a confirmar lo que ha dicho; pero pongo que S. S. ha apelado a nosotros, yo diré que es cierto que S. S. no nos ha dirigido nunca una palabra en pro de ningún acta ni de ninguna persona. Pero hay más; el Sr. Nacarino Bravo, el candidato vencido, individuo de la comisión, dijo al discutirse esta acta que quedara aparte su personalidad, y que se firmara el dictamen tal como todos le habíamos entendido justo.

Conste, pues, que ni el señor ministro, ni el candidato vencido han influido en lo más mínimo en la comisión en contra del Sr. García Gutiérrez.

El Sr. GARCÍA GUTIERREZ: Señores, si yo fuera presuntuoso debería estar enorgullecido al ver que había sido contestado por dos personas tan importantes, que me han hecho ver las cosas de otro modo. Yo creo tener dos adversarios en el señor ministro y el Sr. Nacarino Bravo, y veo que el uno ha sido mi mayor defensor y el otro mi siquiera ha querido saber lo que pasaba en esa acta.

Por lo demás, yo no creo que el señor ministro haya tenido que entender en ella, porque era inútil, cuando había en el ministerio de la Gobernación cuatro directores ocupados de ella, y entre los demás el mismo interesado.

Que las secciones se hicieron en tiempo hábil es verdad; pero en tiempo hábil se pueden hacer cosas muy malas, y el Congreso pasado decidió que esa división era monstruosa.

En cuanto al cargo de ingratitud al Sr. Nacarino Bravo, no sé por qué he de ser yo ingrato con S. S., porque no debí a la comisión enteros que me justicia, y por consiguiente, no hay que tener agradecimiento cuando no se ha recibido ningún favor.

El Sr. HERREROS: Desearía, señor presidente, que se leyera el acta en la paleta que se ha referido el Sr. García Gutiérrez, es decir, la de la protesta. (Se leyó.)

He pedido, señores, esta lectura, porque como se

ha hablado de cosas particulares que han sucedido entre la comisión y el Sr. García Gutiérrez, y no sobre un pasaje que allí ocurrió acerca de la calificación de esta acta, deseo yo manifestarle, porque es importante que el Congreso le conozca.

A nadie se le había ocurrido, señores, que esta acta pudiera ser calificada de grave, y así lo había pensado también el diputado electo, hasta que se le advirtió lo contrario por su contrincante.

El Sr. GARCÍA GUTIERREZ: Pensaba cómo había de ser grave un acta que no tenía más que una protesta suya, no de mucha importancia; pero sin embargo, se fué muy tranquilo y vió lo mismo, pasar días y días sin que el acta se presentara a discusión. Me acerqué yo a la comisión, y se me dijo que se venía aquella noche, en cuyo concepto me ofrecí a ir a defender al Sr. García Gutiérrez. Para este objeto busqué el acta, y no hallándola en secretaría, se me dijo que la tenía el señor individuo de la comisión que había de ser ponente de ella. Llegó la discusión y yo no decía nada porque nadie la impugnó; pero el Sr. Nacarino Bravo dijo entonces que había entregado varios documentos al ponente, y que él no pensaba impugnaria sino atenerse al juicio de la comisión.

Puede entonces examinarse esos documentos, y vi que algunos no podían estar allí sin haber pasado por el Congreso, y otros que no podían estar de ninguna manera, porque eran del archivo del gobierno de provincia de Ciudad-Real. El Sr. Nacarino Bravo dijo entonces que él prohibía la protesta de la ilegalidad que se había hecho en el acta por los amigos del señor García Gutiérrez, y que estos habían abandonado. Téngase, pues, señores, en cuenta que el acta era limpia, una vez abandonada la protesta por sus autores, y que no ha sido grave sino porque el candidato vencido la ha hecho suya con el objeto, según dijo, de poder demostrar los grandes vicios e ilegalidades que se habían cometido allí. No sirve ya, pues, que el señor Nacarino Bravo no quiera discutir; debió haber pensado antes lo que hacía.

Ahora bien; si hay una declaración de la mesa de la Solana en que dicen que no habían querido leer 52 papeletas dadas a dos sujetos llamados Filguera y Antequera, porque las últimas aa de estos dos nombres no estaban cerradas por arriba y podía leerse Filguera y Antequera, ¿no está bien probada la mala fe de la mesa? ¿No quería el Sr. Nacarino Bravo que se anulara el acta por ese acto punible? Pues es claro que entonces hay motivos para que la comisión declare que debe formarse causa a los autores de esas faltas.

Oro, pues, que el Sr. García Gutiérrez tiene razón, y que en la justicia del Congreso se decidirá que se saque un tanto de culpa contra los individuos de esa mesa.

El Sr. VALERO Y SOTO: He oído con la mayor sorpresa al Sr. García Gutiérrez quejarse de ilegalidades, y pedir que se formara causa a los individuos de la mesa de la Solana. He visto después que se habla de ciertos documentos, y en vista de todo, la comisión retira su dictamen para examinarle de nuevo.

Se aprobaron sin discusión los dictámenes proponiendo la aprobación de las actas de Falset y Agrament, quedando admitidos y proclamados diputados por dichos distritos los señores Mas y Abad y Alonso.

#### Acta de Brivesca.

Leído el dictamen relativo al acta de Brivesca, por cuyo distrito ha sido electo diputado el señor duque de Frias.

El Sr. GARCÍA GÓMEZ impugnó el dictamen, fundando sus argumentos en la coacción que en el distrito supuso haber ejercido el candidato vencedor, merced a los elementos materiales de que dispone, y que han sido puestos en juego para torcer la voluntad de los electores en su favor. El Sr. García Gómez presentó como prueba de su aserción el suceso acaecido en Brivesca, donde de 60 votos sólo ha obtenido 7, en razón, a su juicio, a que en dicho pueblo, por su importancia, no ha podido ejercerse la coacción que en otros del distrito de menos significación, como Pancorbo, donde todos los votos han sido favorables al señor duque de Frias, según dijo, en virtud de un convenio previo o venta consumada con los electores.

A este punto llegaba de su discurso el Sr. García Gómez, cuando el señor presidente le hizo observar que habiendo transcurrido las horas de sesión, pues era llegada la hora en que el Congreso había acordado reunirse por secciones, si no pensaba concluir en breve, suspendiese su peroración hasta mañana.

El Sr. GARCÍA GÓMEZ: Me proponía ser muy breve; pero si he de concluir la sesión a las cuatro y media, en diez minutos no podré concluir lo que tengo que decir sobre esta acta, y si al señor presidente le parece, me reservaré la palabra para mañana.

El Sr. GARCÍA GÓMEZ: Me proponía ser muy breve; pero si he de concluir la sesión a las cuatro y media, en diez minutos no podré concluir lo que tengo que decir sobre esta acta, y si al señor presidente le parece, me reservaré la palabra para mañana.

El Sr. GARCÍA GÓMEZ: Me proponía ser muy breve; pero si he de concluir la sesión a las cuatro y media, en diez minutos no podré concluir lo que tengo que decir sobre esta acta, y si al señor presidente le parece, me reservaré la palabra para mañana.

El Sr. GARCÍA GÓMEZ: Me proponía ser muy breve; pero si he de concluir la sesión a las cuatro y media, en diez minutos no podré concluir lo que tengo que decir sobre esta acta, y si al señor presidente le parece, me reservaré la palabra para mañana.

El Sr. GARCÍA GÓMEZ: Me proponía ser muy breve; pero si he de concluir la sesión a las cuatro y media, en diez minutos no podré concluir lo que tengo que decir sobre esta acta, y si al señor presidente le parece, me reservaré la palabra para mañana.

El Sr. GARCÍA GÓMEZ: Me proponía ser muy breve; pero si he de concluir la sesión a las cuatro y media, en diez minutos no podré concluir lo que tengo que decir sobre esta acta, y si al señor presidente le parece, me reservaré la palabra para mañana.

El Sr. GARCÍA GÓMEZ: Me proponía ser muy breve; pero si he de concluir la sesión a las cuatro y media, en diez minutos no podré concluir lo que tengo que decir sobre esta acta, y si al señor presidente le parece, me reservaré la palabra para mañana.

El Sr. GARCÍA GÓMEZ: Me proponía ser muy breve; pero si he de concluir la sesión a las cuatro y media, en diez minutos no podré concluir lo que tengo que decir sobre esta acta, y si al señor presidente le parece, me reservaré la palabra para mañana.

El Sr. GARCÍA GÓMEZ: Me proponía ser muy breve; pero si he de concluir la sesión a las cuatro y media, en diez minutos no podré concluir lo que tengo que decir sobre esta acta, y si al señor presidente le parece, me reservaré la palabra para mañana.

El Sr. GARCÍA GÓMEZ: Me proponía ser muy breve; pero si he de concluir la sesión a las cuatro y media, en diez minutos no podré concluir lo que tengo que decir sobre esta acta, y si al señor presidente le parece, me reservaré la palabra para mañana.

El Sr. GARCÍA GÓMEZ: Me proponía ser muy breve; pero si he de concluir la sesión a las cuatro y media, en diez minutos no podré concluir lo que tengo que decir sobre esta acta, y si al señor presidente le parece, me reservaré la palabra para mañana.

El Sr. GARCÍA GÓMEZ: Me proponía ser muy breve; pero si he de concluir la sesión a las cuatro y media, en diez minutos no podré concluir lo que tengo que decir sobre esta acta, y si al señor presidente le parece, me reservaré la palabra para mañana.

El Sr. GARCÍA GÓMEZ: Me proponía ser muy breve; pero si he de concluir la sesión a las cuatro y media, en diez minutos no podré concluir lo que tengo que decir sobre esta acta, y si al señor presidente le parece, me reservaré la palabra para mañana.

El Sr. GARCÍA GÓMEZ: Me proponía ser muy breve; pero si he de concluir la sesión a las cuatro y media, en diez minutos no podré concluir lo que tengo que decir sobre esta acta, y si al señor presidente le parece, me reservaré la palabra para mañana.

El Sr. GARCÍA GÓMEZ: Me proponía ser muy breve; pero si he de concluir la sesión a las cuatro y media, en diez minutos no podré concluir lo que tengo que decir sobre esta acta, y si al señor presidente le parece, me reservaré la palabra para mañana.

El Sr. SAAVEDRA MENESES: Habiendo tenido la amabilidad de contestar el señor ministro de Estado al Sr. Posada, ruego a S. S. que tenga también la de manifestar al de la Guerra la suplica mía, que se reduce a que traiga los estados necrológicos de las bajas habidas en los hospitales y en la guerra de Santo Domingo para tranquilidad de las familias; que creen que han muerto allí 14 ó 20,000 soldados, cuando no han muerto ni la cuarta parte.

El señor ministro de ESTADO: Pondré en conocimiento del señor ministro de la Guerra el deseo del señor diputado.

El Sr. PRESIDENTE: El Congreso se va a reunir en secciones. Orden del día para mañana: la discusión pendiente.

Se levanta la sesión.

Eran las cuatro y media.

#### LOTERIA.

LISTA DE LOS NÚMEROS PREMIADOS EN EL SORTEO DE 9 DE ENERO DE 1865.

Con 35000 duros. . . . . 3932  
Con 12000 duros. . . . . 15561  
Con 5000 duros. . . . . 7097

Con 1000 duros.  
12212 14528 17854 14183 695

Con 500 duros.  
17574 25669 12197 2547 20635 13049  
22875 19269 6966 24441 23098 8414

Con 200 duros.  
1103 1929 2757 4169 5415 8954  
9864 40248 10496 11893 12463 13002  
13976 13977 15184 15548 15669 16334  
16551 19123 20639 21337 22535 23775  
23786 24793 25152 25330 25959 25967

Con 100 duros.  
5 24 36 72 83 117  
138 146 170 190 194 222  
235 242 300 328 345 387  
441 458 467 534 539 589  
642 654 689 689 696 704  
720 733 733 766 779 804  
845 863 874 888 899 924  
932 940 960 993

1024 1068 1101 1108 1165 1210  
1257 1264 1292 1336 1382 1429  
1455 1458 1461 1471 1481 1487  
1500 1511 1519 1647 1655 1656  
1665 1691 1699 1701 1715 1732  
1780 1788 1801 1803 1835 1929  
1933 1934 1909 1990

2016 2029 2049 2070 2074 2105  
2114 2122 2127 2132 2134 2150  
2163 2205 2222 2225 2226 2276  
2302 2314 2319 2337 2364 2370  
2380 2416 2418 2438 2480 2487  
2495 2497 2499 2513 2545 2578  
2595 2599 2600 2605 2636 2686  
2699 2739 2763 2851 2861 2867

3018 3031 3044 3048 3051 3124  
3126 3132 3161 3169 3191 3192  
3203 3261 3273 3286 3341 3347  
3352 3405 3439 3442 3479 3506  
3524 3529 3554 3559 3560 3617  
3676 3756 3772 3783 3799 3807  
3823 3825 3838 3875 3898 3921  
3946 3991 3995

4006 4020 4021 4035 4084 4092  
4095 4129 4179 4230 4264 4290  
4314 4335 4341 4354 4440 4442  
4467 4527 4635 4649 4653 4662  
4718 4722 4760 4767 4777 4808  
4845 4846 4850 4856 4876 4909  
4965 4969 4978 4992 4999

5010 5055 5070 5129 5130 5146  
5167 5192 5214 5232 5242 5274  
5286 5316 5343 5376 5385 5420  
5433 5446 5467 5477 5513 5524  
5532 5539 5545 5547 5549 5551  
5616 5619 5636 5680 5694 5712  
5758 5730 5739 5762 5769 5776  
5801 5840 5855 5863 5869 5885  
5955 5976 5993

6012 6097 6104 6131 6137 6139  
6153 6169 6181 6182 6188 6214  
6243 6248 6250 6257 6258 6317  
6334 6335 6347 6351 6360 6366  
6378 6380 6422 6473 6502 6550  
6635 6668 6679 6758 6818 6828  
6862 6887 6893 6906 6930 6940  
6949 6953

7004 7006 7009 7016 7020 7029  
7036 7037 7063 7154 7156 7162  
7219 7263 7282 7287 7316 7340  
7361 7408 7422 7455 7474 7499  
7529 7550 7597 7601 7603 7632  
7681 7692 7693 7720 7724 7763  
7764 7784 7804 7834 7846 7889  
7901 7906 7918 7925 7993

8047 8109 8184 8186 8209 8243  
8284 8284 8288 8291 8322 8349  
8365 8387 8390 8393 8394 8401  
8402 8406 8454 8479 8583 8585  
8595 8640 8647 8671 8724 8733  
8739 8827 8836 8890 8899 8912  
8920 8929 8936 8946 8972

9009 9022 9026 9034 9035 9047  
9149 9191 9193 9217 9227 9264  
9268 9301 9305 9316 9323 9361  
9335 9340 9342 9355 9378 9385  
9410 9421 9424 9444 9446 9456  
9458 9491 9507 9531 9584 9588  
9644 9656 9663 9684 9692 9736  
9758 9783 9795 9797 9807 9815  
9846 9911 9944 9957 9963 9978  
9994

10010 10025 10058 10077 10105 10111  
10118 10132 10145 10148 10159 10164  
10178 10180 10199 10207 10232 10327  
10343 10372 10375 10406 10410 10412  
10417 10448 10478 10534 10532 10584  
10587 10606 10614 10617 10620 10632  
10657 10658 10670 10682 10689 10691  
10723 10728 10730 10742 10737 10789  
10801 10891 10896 10911 10944 10980  
10987

11023 11026 11056 11059 11083 11110  
11115 11128 11135 11167 11190 11208  
11241 11253 11255 11258 11313 11335  
11350 11400 11453 11463 11464 11491  
11499 11527 11536 11561 11565 11572  
11624 11654 11657 11671 11703 11704  
11736 11764 11787 11792 11812 11860  
11863 11877 11889 11900 11904 11923  
11934 11963 11987 11996

12023 12039 12054 12098 12136 12140  
12166 12167 12195 12243 12321 12329  
12356 12380 12381 12396 12401 12403  
12410 12435 12436 12442 12489 12504  
12530 12553 12577 12582 12630 12715  
12717 12758 12826 12880 12887 12903  
12920 12941 12968

13026 13036 13037 13103 13120 13133  
13136 13141 13167 13168 13188 13261  
13263 13306 13317 13331 13341 13351  
13395 13416 13476 13484 13511 13516  
13523 13535 13546 13547 13548 13571  
13613 13641 13643 13649 13675 13687

13701	13702	13729	13731	13750	13732
13771	13774	13808	13819	13856	13863
13902	13926	13946	13968		
14003	14042	14051	14063	14076	14083
14150	14168	14190	14204	14206	14221
14205	14273	14276	14314	14328	14336
14350	14381	14411	14427	14489	14500
14533	14566	14589	14582	14588	14630
14659	14703	14713	14737	14748	14777
14792	14804	14849	14825	14837	14955
15004	15025	15045	15056	15070	15074
15104	15130	15171	15202	15248	15274
15282	15285	15309	15326	15347	15371
15396	15400	15416	15427	15494	15519
15531	15550	15576	15582	15590	15625
15668	15700	16725	15803	15806	15820
15876	15881	15926	15938		

16036	16078	16095	16139	16169	16202
16262	16264	16278	16288	16337	16344
16362	16381	16408	16412	16458	16474
16477	16496	16532	16610	16619	16630
16632	16641	16644	16659	16684	16720
16732	16745	16748	16753	16774	16794
16839	16840	16846	16866	16871	16889
16920	16970				

17002	17035	17091	17136	17139	17152
17153	17169	17203	17215	17242	17254
17297	17327	17333	17336	17343	17348
17378	17380	17397	17406	17423	17461
17462	17480	17519	17523	17534	17566
17626	17668	17702	17794	17830	17850
17883	17885	17865	17881	17909	17955